Joaquín Dicenta

LOS IRRESPONSABLES

Drama en tres actos, en verso

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
1915

LOS IRRESPONSABLES

Edición autorizada para TEATRO MUNDIAL.

FÉLIX COSTA, IMPRESOR ; ASALTO, 45, — BARCELONA

LOS IRRESPONSABLES

Drama en tres actos y en verso

original de

JOAQUÍN DICENTA

Estrenado con extraordinario éxito en el teatro Español, de Madrid, la noche del 27 de Noviembre de 1890

BARCELONA
BIBLIOTECA «TEATRO MUNDIAL»
21, Calle de San Pablo, 21
1915

REPARTO

Personajes	Actores
MARGARITA	Srta. *Guerrero.*
ROSA	» *Parejo.*
FELIPE.	Sr. *Calvo (don R.)*
DON ANSELMO	» *Jiménez (D.)*
PADRE ANDRÉS	» *Pérez.*
CARLOS	» *Rivelles.*
GASPAR	» *Molina.*
JOSÉ	» *Calvo (J.)*

ACTO PRIMERO

El teatro representa el comedor de una casa de campo. En el fondo, una plataforma con balaustrada de piedra que supone dar al jardín. Dos puertas en el lateral derecha y una puerta y una ventana practicable en el izquierdo. El decorado de la habitación propio y conveniente a una casa rica de aldea. En el primer término, a la izquierda del espectador, un sillón; a la derecha, un sofá.

ESCENA PRIMERA

ROSA y MARGARITA, junto a la ventana.

ROSA — ¿No los ve usted allá arriba
al final de la vereda
del atajo? El de delante
es don Anselmo, y aquella
sotana que se columpia
sobre el trigo que verdea,
el padre Andrés; y el que sigue
detrás, esa buena pieza
de Gaspar. Lo que es a éste,
aunque fuese de un legua
le conocía.

MARGARI. — El cariño
ve mucho, Rosa, y no encuentra
obstáculo en la distancia.
¿No es verdad?

ROSA Puede que sea
el cariño, señorita.
El caso es que cuando cierra
la noche y está el camino
obscuro como una cueva,
yo, asomada a la ventana
como se asoma el que espera,
con el cuerpo hacia adelante
y estirando la cabeza,
entre los pasos de todos
los que vuelven de la aldea,
sé qué pasos son los suyos,
si anda lejos o anda cerca,
y le oigo hablar aunque no hable,
y con la mirada puesta
en la obscuridad, le veo
sin que mis ojos le vean.

MARGARI. ¿Y él?

ROSA Como todos los hombres:
queriéndome a su manera,
menos que yo, pero es bueno,
y honrado y no tengo queja.

MARGARI. En querer y ser querida
¡qué gran ventura se encuentra!

ROSA ¡Vaya! Y usted bien lo sabe,
porque la quieren de veras.

MARGARI. ¿Quererme?

ROSA Por don Felipe
hablaba. Yo no estoy ciega
y le he mirado a los ojos
cuando mira a usted.

MARGARI Ya llegan.
(Dirigiéndose al foro.)

ROSA El cura comerá en casa,
porque hoy es día de fiesta,
y antes falta él a su misa
que faltar a nuestra mesa.

ESCENA II

MARMARITA y ROSA. DON ANSELMO y EL PADRE ANDRÉS, por el foro.

MARGARI. ¡Padre mío!
ANSELMO ¡Hija del alma!
(Abraza a Margarita.)
¿Tardé mucho en dar la vuelta?
(Ademán negativo en Margarita.)
ANDRÉS Eso: al padre mil caricias,
y ni una frase siquiera
a este viejo.
MARGARI. ¡Señor cura!
ANDRÉS Ingratona. ¡Cómo pesa
el calor! Estoy rendido
y tengo las fauces secas.
MARGARI. ¿Quiere usted un vaso de agua?
¡Rosa!
ROSA Más clara y más buena
que la de aquí, señor cura,
no la hay en toda la aldea.
ANDRÉS Gracias a ti.
ROSA Y al botijo
y al aire que lo refresca.
ANDRÉS Pues no la desperdiciemos.
ANSELMO Tráela pronto.
ROSA Voy.
(Se dirige a la balaustrada, donde habrá un botijo, y llena de agua un vaso.)
ANDRÉS Espera
y dame antes un cepillo.
(Rosa deja el vaso sobre el aparador y sale por la derecha.)
Porque esa naturaleza
que tanto agrada a tu padre
y a mí tanto me molesta,
en cuanto ve mi sotana
larga, triste, pobre y negra,
parece como que siente
ira o aversión contra ella,
y que al mancharla de polvo

le dice, en son de protesta:
yo, que ofrezco vida al mundo,
y esplendores a la tierra,
y perfumes al espacio,
y goces a la existencia,
a ti no te ofrezco nada,
todo contra ti me alienta;
yo soy luz y tú eres sombra;
y cuando hacia mí te acercas,
te doy lo que se deshace,
lo que gérmenes no lleva,
este polvo árido, estéril
residuo de la materia
que ni embellece ni encanta,
ni fecunda ni procrea.

ANSELMO ¿Eso cree usted?
ANDRÉS Lo digo.
ANSELMO ¿Y lo que dice lo piensa?
ANDRÉS ¡Quién sabe! Me ha contagiado
la filosofía incrédula
de Felipe, de ese escéptico.
MARGARI. ¿Él? De ninguna manera.
¡Escéptico! Es un creyente
y tiene el alma muy buena,
y ama todo lo que es grande
en el cielo y en la tierra.
ANSELMO ¿Le defiendes?
ANDRÉS ¡A un impío!
MARGARI. ¡Yo, señor!
ANSELMO ¿Te da vergüenza?
ROSA (Entra por la derecha.)
El cepillo.
ANDRÉS Trae.
ROSA Yo misma
cepillaré.
ANDRÉS Como quieras.
ROSA ¡Cuánto polvo!
(Arrodillándose para cepillar la sotana.)
ANDRÉS Arrodillada.
ROSA No es mala postura ésta.
ANDRÉS Actitud de pecadora.
ROSA Lo mismo estaré en la iglesia

cuando usted me case, padre,
y no me causará pena
la postura.

ANDRÉS — Picarona,
siempre con la misma idea.

ROSA — Es la que me cansa menos.

ANSELMO — Y la que más te interesa.

MARGARI. — El agua.

ROSA — Voy al instante.
Aquí está. (Trae el vaso de agua del aparador.)

ANDRÉS — ¡Gracias!

MARGARI. — ¿Qué cuentas
del paseo?

ANSELMO — Delicioso:
mi alma se esparce y se alegra
en el campo.

(El padre Andrés devuelve a Rosa el vaso.)

ROSA — ¿Más?

ANDRÉS — No, gracias. (Vase Rosa.)

ESCENA III

MARGARITA, DON ANSELMO y EL PADRE ANDRÉS.

ANDRÉS — Amigo mío, ya pecan
de locura los afanes
que el campo en usted despierta.

ANSELMO — ¿Locura? De ningún modo.
Es que no hay cosa más bella.

ANDRÉS — ¿Qué opinas?

MARGARI. — Lo que mi padre.

ANSELMO — Cuando el sol sus rayos muestra
y las gotas de rocío
que flores y árboles pueblan,
con matices de oro y nácar
se tiñen y festonean,
¿qué espectáculo del mundo
ni se iguala ni se acerca
al que los ojos admiran
mirando esta fértil vega?
Allí los alegres prados

donde orgullosas se ostentan,
columpiadas por el aire,
que las agita y las besa,
anchas espigas de trigo
jugosas, verdes y frescas,
por en medio de las cuales
alzan sus caras bermejas,
de negras motas orladas,
las amapolas inquietas;
más allá, la vid rugosa,
por cuyas ramas morenas
se extiende el sombrío pámpano
del agrio fruto defensa;
a este lado, el maizal
mostrando sus rubias hebras
que parecen una mata
de pelo que se desgreña;
al otro, el humilde río
que entre juncos culebrea,
mientras los flexibles sauces
nacidos en la ribera,
para acariciar sus ondas
se encorvan y se doblegan
con temeroso crujido
y cortesana apariencia.
Después árboles robustos
sobre cuyas ramas tiemblan
hojas de vivos colores,
frutos de exquisita esencia,
brotes que a trechos esmaltan
la endurecida corteza,
savia que fecunda el suelo
y pájaros que gorjean;
detrás, espinos y zarzas
que suben por las laderas
como turba de muchachos
desenfrenada y revuelta;
más arriba los tomillos,
las aromáticas hierbas
que el libre y risueño ambiente
nutren, perfuman y orean,
y más lejos aún, trepando

por los riscos de la sierra,
los pinares verdinegros
donde las nubes se acuestan.
¿Puede haber nada más grande
que esto, cuando a esto se agregan
un cielo azul, infinito,
una atmósfera serena
y un sol que convierte en oro
hasta el polvo de la tierra?

MARGARI. ¿Verdad que sí, padre mío?
Yo que esa naturaleza
vi desde el primer momento
en que vine a la existencia,
no ceso de contemplarla
y ante ella mi alma se eleva,
porque es, como Dios, gigante,
inagotable y eterna.

ANDRÉS ¿Conque ya estoy derrotado?

MARGARI. Pero derrotado en regla.

ANSELMO Créalo usted, señor cura:
cuando cubren la cabeza
las canas y va la sangre
moribunda por las venas,
sólo estas dichas existen
y estos placeres consuelan;
siempre que vuelvo del campo
buscando la humilde puerta
de mi casa, y veo a mi hija
que en los dinteles me espera,
digo, besando su frente
y contemplando la inmensa
bóveda del firmamento:
¿Quién, por avaro que sea,
pide más? ¿Cómo pedirlo
yo, si en esta hora suprema
tengo todo, porque tengo
Dios arriba y abajo ella?

ANDRÉS Margarita y Dios... Conformes
en que el uno y la otra sean
para usted toda la vida;
lo que en mí apoyo no encuentra
ni puede encontrarlo nunca,

señor don Anselmo, es esa
monomanía campestre
de que orgulloso alardea.
Será vejez, egoísmo
y todo lo que se quiera;
pero en lugar del hermoso
cuadro que usted me bosqueja
y al que preside una atmósfera
que me asfixia y que me tuesta,
prefiero yo un cuarto fresco
donde entre el sol con prudencia,
una cama bien mullida,
una bien servida mesa,
un sillón de ancho respaldo
para la hora de la siesta,
un ángel a quien querer
y un amigo que me quiera.

ANSELMO Aquí tiene usté el amigo.

MARGARI. Y éste es el sillón.

(Señalando el que habrá a la derecha.)

Y aquélla
la cocina, donde Rosa
revuelve platos y especias,
y donde voy yo al momento
para que todo intervengan,
si no las manos de un ángel,
las de una amiga sincera.

(Vase por la segunda puerta de la derecha.)

ESCENA IV

DON ANSELMO, EL PADRE ANDRÉS, y al final, GASPAR.

ANDRÉS ¡Qué buena y qué cariñosa! (Por Margarita)

ANSELMO Sólo esta prenda querida
me hace soportar la vida
desde que murió mi esposa;
en ella mi afán se encierra,
ella es mi único consuelo,
por ella temo que el cielo
me separe de la tierra.

Sin ella, ni fe, ni calma,
ni esperanza ni alegría;
¡cómo no, si es obra mía
por el cuerpo y por el alma!
Quedó huérfana a la edad
en que el labio balbucea
sonidos faltos de idea,
de expresión, de claridad;
y al verla sola, mi amor
buscó de servirla modo
y lo fuí para ella todo:
su padre, su protector,
su consejero, su amigo,
su maestro, su Dios, su bien;
en sus penas un sostén,
en sus dichas un testigo.
Tal empresa logré, fija
la mente en su porvenir,
en lo que puede exigir
la felicidad de mi hija,
por el recuerdo y en nombre
de la pobre ciatura
que fué mi mayor ventura;
y mañana, cuando un hombre
honrado, seguro, fiel,
la ame, a su amor respondiendo,
yo diré a ese hombre, poniendo
sus manos entre las de él:
«Te la entrego por esposa;
es el mejor de mis bienes,
es mi alma entera. Ahí la tienes,
sé feliz y hazla dichosa.»

ANDRÉS ¿La dará usted de ese modo?
¿Sin pena?

ANSELMO Sin pena, no;
lo haré sabiendo que yo
no lo soy para ella todo;
y lo haré porque, a mi juicio,
no fuera este amor objeto
de mi existencia completo
faltándole el sacrificio.

ANDRÉS Bien; pero ese trance está
muy lejano.
ANSELMO Señor cura,
mi corazón le asegura
que se halla cerca y vendrá.
Empeño inútil sería
tratar de ocultarlo: es su hora;
cuando despunta la aurora
ya no retrocede el día.
ANDRÉS Entonces cosa acordada;
hay que buscarle marido.
Usted lo tiene elegido.
ANSELMO Yo en esto no elijo nada;
ha de ser ella.
ANDRÉS ¿Y lo tiene?
ANSELMO Tal presumo.
ANDRÉS Pues que sea
pronto si ella lo desea
y es hombre que le conviene.
ANSELMO Sin duda. Él es...
ANDRÉS Ya lo sé,
y honrado le considero.
Su sobrino, el ingeniero.
¿Acierto?
ANSELMO No acierta usté.
ANDRÉS ¿No? Cuando él estuvo aquí
ha tres años, yo le daba
por elegido; que amaba
a Margarita creí.
ANSELMO Pero ella no, y prueba fiel
es que mi joven pariente
está tres años ausente
sin que ella se acuerde de él.
ANDRÉS ¿No es Carlos?
ANSELMO Para ventura
de todos, mi hija pensó,
si no me equivoco yo,
porque hablo por conjetura,
en hombre que no apetece,
como Carlos, las hermosas
perspectivas bulliciosas
que el mundo social ofrece,

y que nada necesita,
y nada ha de pretender
como logre poseer
el amor de Margarita.

ANDRÉS ¡Don Felipe!

ANSELMO El mismo. ¿Es mal
pretendiente el escogido?

ANDRÉS ¡Un hombre desconocido!

ANSELMO ¿Desconocido? No tal.
Dos años de residencia
aquí lleva, y le tratamos
por amigo y admiramos
la virtud de su conciencia.
Rico y libre, como afirman
sus propias declaraciones,
sin orgullo ni ambiciones,
como sus actos confirman,
¿qué más puedo codiciar
sino que pague el amor
de mi hija, ni qué mejor
esposo le puedo dar?

ANDRÉS Es cierto, y hay que admitir
que esos elogios merece
y que hombre de bien parece;
mas, sin poderlo impedir,
una duda osada y terca
en contra suya me lanza,
que, sin ser desconfianza,
está de serlo muy cerca.

ANSELMO ¿Y la fundan?

ANDRÉS Su actitud,
su esquivo retraimiento,
su afán por un aislamiento
impropio a su juventud.
Ni un amigo, ni un pariente
que vengan a este lugar,
y que puedan enlazar
su pasado y su presente...
Luego su falta de fe...

ANSELMO Esa es la cuestión precisa.
Un hombre que no va a misa
ya es dudoso para usté.

ANDRÉS Sin religioso fervor
no hay bondad.

ANSELMO Usted se expresa
como cumple e interesa
a un ministro del Señor,
que, en este pueblo nacido
y en este pueblo educado,
sólo en creer ha pensado
y por creer ha vivido.
Yo estuve en el mundo; allí
miré luchas y peleas
de contrapuestas ideas,
y al mirarlas comprendí
que no importa la opinión
para el bien si la sostiene
un hombre honrado que tiene
dignidad y corazón.
¿Felipe no es buen cristiano?
Pues por eso no he de odiarle,
ni temerle, ni negarle
de Margarita la mano;
que, creyente o no creyente,
quien consiga enamorarla,
con quererla y respetarla
tiene más que suficiente.

ANDRÉS ¡Don Anselmo!

ANSELMO Esto no impide
que antes de entregarle mi hija,
si a tal llegamos, le exija,
a cambio de lo que pide
y usando de mis derechos,
noticias y compromisos
tan claros y tan precisos
que nos dejen satisfechos.

(Ademán de interrupción en el padre Andrés.)

Y como creo entender
que usté me va a replicar,
con objeto de evitar
disputas, le llevo a ver
mi bodega, que arreglada
pienso tener por agosto
para recoger el mosto

de la próxima otoñada,
y donde paso los días
con ansias de cosechero,
contemplando el tragadero
de mis tinajas vacías,
que se abren esperanzadas
de que pronto caerá la uva
desde lo alto de la cuba
a sus bocas desdentadas.

ANDRÉS Corriente. Y hagamos punto
por ahora a nuestra cuestión,
con la expresa condición
de volver sobre este asunto
donde usted expone y juega
su dicha y el bienestar.

ANSELMO Como usted quiera. Gaspar,

(Aparece Gaspar por la izquierda.)

la llave de la bodega.

(Gaspar hace como que descuelga la llave de la puerta de la izquierda y se la entrega a don Anselmo.)

GASPAR Aquí está.

ANSELMO ¿Vamos?

ANDRÉS Andando.

(Vase don Anselmo y el padre Andrés por la izquierda.)

ESCENA V

GASPAR; a poco, FELIPE.

GASPAR ¡Mañana más desastrosa!
Necesito hablar a Rosa;
un momento estoy buscando
y no lo puedo encontrar.
Si no hubiera inconveniente,
ahora en la cocina.

(Se dirige hacia la segunda puerta de la derecha. Aparece Felipe en el fondo. Gaspar le oye.)

¿Gente?
¡Don Felipe!

(Volviéndose hacie el fondo.)

FELIPE ¡Hola, Gaspar!

GASPAR ¿Vino usté a caballo?

FELIPE Sí.

Al muchacho lo entregué.

GASPAR Pues a descincharlo iré,
porque usted comerá aquí.

FELIPE Sí, Gaspar.

GASPAR Pues voy allá.
Si quiere usted, daré aviso.
a mi señor.

FELIPE No es preciso.

(Sale Gaspar por el foro y aparcce Margarita en la primera puerta de la derecha. Al salir Gaspar, Margarita se dirige hacia Felipe.)

Ella me ha visto y vendrá.

(Margarita llega cerca de Felipe; éste se vuelve hacia ella y la ve; coge entre las suyas las manos de Margarita y la conduce hasta el sofá.)

ESCENA VI

MARGARITA y FELIPE.

FELIPE ¡Margarita! ¡Alma de mi alma!
Sólo viéndose a tu lado
mi espíritu destrozado
puede recobrar su calma.

MARGARI. ¿Sufres amándote yo?

FELIPE Sufro porque es mi castigo
sufrir siempre.

(Rodeando con su brazo el talle de Margarita.)

¡No, qué digo!
¡Mentira, no sufro no,
mientras formes estos lazos!
Será inmenso el dolor mío,
pero yo lo desafío
desde el cerco de tus brazos
y le humillo vencedor,
que si él es duro y constante,
es más firme y más gigante
y más inmenso tu amor.

MARGARI. ¡Oh, Felipe, háblame así,
que va en tus labios prendida
la ventura de mi vida.

FELIPE Pero te alejas de mí,
se rompe este hermoso yugo,
y el dolor vuelve a buscarme
y goza en martirizarme
con instintos de verdugo.

MARGARI. ¿Sufres? ¿Por qué esas ideas,
Felipe? ¿Si tuya soy,
si a tu voluntad estoy,
qué es lo que de mí deseas?
Responde.

FELIPE ¡A qué has de saberlo!
No lograrás evitarlo.
Ni yo me atrevo a explicarlo
ni tú puedes conocerlo.
¡Sólo te puedo decir
que te miro, y al mirarte
necesito amarte, amarte,
y tras de amarte, morir!
¡Qué angustia!... Sólo se acalla
al recordar el momento
en que, de tu amor sediento...

(Margarita se levanta del sofá y se retira de Felipe como avergonzada.)

MARGARI ¡Oh, calla, Felipe, calla!
No sigas..

FELIPE ¿Por qué me dejas?
¿Por qué me miras así?
¿Me temes?

MARGARI. ¿Temerte? ¿A ti?

FELIPE ¿Entonces, por qué te alejas?
¿Tienes miedo de mi amor?

(Dirigiéndose hacia ella.)

MARGARI. Eso nunca. Si al recuerdo
que evocas la calma pierdo;
si colorea el rubor
mi rostro, es porque me acosa
algo que en mí se levanta
y me condena y me espanta
y me impide ser dichosa.

FELIPE ¿Es que arrepentida estás?
Dílo.

MARGARI. Nunca lo diría.

Al decirlo, mentiría,
y no he mentido jamás.
Desde el instante primero
en que te vi, te he amado,
y mi fe te he consagrado
para siempre y por entero.
Cuando en un mismo latir
nuestras almas enlazaste,
lo que era tuyo tomaste.
¿Por qué me he de arrepentir?

FELIPE Tú no, porque tu inocencia,
que hace imposible la falta,
pone más firme y más alta
la virtud de tu conciencia.
Al darme tu corazón,
cuando en mis brazos caíste,
no faltaste, obedeciste
a la sublime atracción
que forma el humano lazo,
el cual se puede estrechar
lo mismo al pie del altar
que en el calor del abrazo.
Te diste como se entrega
la mujer, cuando es honrada,
de una vez, sin negar nada,
con fe inquebrantable y ciega;
no como otras que su honor
ceden en cortas fracciones,
y dan larga a su pasiones
para gozarlas mejor
y venir a nuestro encuentro
de tan extraña manera,
que son vírgenes por fuera
y cortesanas por dentro.
Tú, no; tu honradez te ampara.
No cubras con temblorosa
mano tu faz ruborosa.
Contémplame cara a cara.
No hubo en ti culpable anhelo,
ni torpeza, ni egoísmo;
si hubo un abismo, ese abismo
tenía por fondo el cielo.

MARGARI. ¡Felipe mío!

FELIPE Tú, sí.
Tu conducta es intachable.
Yo solo he sido culpable,
¡desventurado de mí!
Yo, que en el fondo del pecho
debí ocultar mi pasión
siempre, sin darte ocasión
de saberlo.

MARGARI. ¿No lo has hecho?
De tu amantes antojos
jamás hablarme te oí.
Vi tu amor, pero le vi
porque vivía en tus ojos.
Como si fuera un delito
de mí oculto lo aguardabas
y en huirme te afanabas
siempre.

FELIPE Sigue; necesito
que me hables de esa manera.
¿Verdad, verdad que he ocultado
mi amor? Hubiera callado
lo mismo la vida entera.
Pero entonces lo impedían,
y a ser traidor me obligaban
tus ojos que me miraban,
tus labios que sonreían. (Pausa.)
Solos, el ancho jardín
por las flores perfumado,
y yo junto a ti sentado
en el desierto confín
donde los árboles crean
ramas que nidos parecen,
y las yerbas se estremecen,
y los pájaros gorjean;
a tus pies, un arroyuelo
de corriente silenciosa;
la luna triste y hermosa
extendiendo por el cielo
rayos que, al dejar lo azul,
en haces mil se quebraban
sobre hojas que remedaban

cedazos de verde tul;
y en torno y en rededor
de nuestra abrasada frente,
una atmósfera candente,
que nos hablaba de amor.
Lo que en secreto escondí
de mi pecho fué brotando;
tú me estabas escuchando
y a un mismo tiempo sentí
calor, desconcierto, frío,
ansia infinita de amar,
y el trémulo palpitar
de tu cuerpo junto al mío.
Me miraste, te miré,
nuestros brazos se enlazaron,
y nuestros labios no hablaron
una frase... ¿Para qué
pronunciarla, vida mía?
De la noche en lo profundo,
el amor, alma del mundo,
por nosotros respondía.

(Con firmeza y cogiendo entre sus manos las de Margarita.)

Él dispuso nuestra unión.
¿Y si Él no la ha decidido?

(En tono de duda.)

Te he engañado y te he mentido.

MARGARI. ¿Tú?

FELIPE ¡Margarita, perdón!

MARGARI. Oirte me causa espanto.
Que te perdone. ¿Por qué?

FELIPE Oye...

(Se detiene, como temeroso de lo que va a decir.)

(Nunca lo diré.)
Porque provoco tu llanto,
porque la duda me asalta,
porque quisiera borrar
las huellas de tu pesar
y las sombras de mi falta.

MARGARI. ¿Y eso te aflige? ¿A eso es
a lo que no hallas remedio?
¿Sufres y buscas un medio

y amándome no lo ves?
¿Me amas?

FELIPE Sí.

MARGARI. Pues qué esperamos
para hacer vivo y patente
a los ojos de la gente
lo que a todos ocultamos?
Sepa mi padre este amor,
y en unión firme y segura
gocemos nuestra ventura
sin vergüenza y sin temor.

FELIPE ¡No, Margarita, imposible!

MARGARI. ¡Qué escucho! No te comprendo.

FELIPE ¡Tu padre! En él estoy viendo
un obstáculo invencible.

MARGARI. ¿Por qué razón? Necesita
mi afán saberlo.

FELIPE Reclamas
lo imposible.

MARGARI. Tú no me amas.

FELIPE ¡Que no te amo, Margarita!
Calla, no es ése el motivo
en que mi actitud se esconde.
¿Dudas de mi amor? Responde.

MARGARI. ¡Dudar de él! ¡No ves que vivo!

FELIPE Gracias.

(Separándose de Margarita y dirigiéndose hacia la ventana.)

MARGARI. ¿Tus penas sabré?

FELIPE ¡Por piedad!

MARGARI. ¿Qué te detiene?

FELIPE Silencio, el padre Andrés viene.
Vete. Luego te hablaré.

MARGARI. Cruel eres.

FELIPE ¡Ay de mí!

MARGARI. Adiós.

(Sale por la primera puerta del lateral derecho. Felipe se queda mirando con angustia al sitio por donde ha salido Margarita.)

FELIPE Se me parte el pecho.
Y ella... Dios mío, ¿qué te he hecho

para atormentarme así?
(Toma asiento en el sillón y hace como que hojea, distraídamente, un periódico que habrá sobre la mesa.)

ESCENA VII

FELIPE y EL PADRE ANDRÉS.

ANDRÉS ¿Estorba mi vecindad?
FELIPE Estorbarme, padre Andrés...
De ningún modo.
ANDRÉS Como es
usted de la soledad
partidario tan celoso,
temí que fuera enojarle
mi presencia, y a turbarle
en su tranquilo reposo.
FELIPE Verdad que tengo manía
por vivir oculto, aislado
y del mundo retirado;
pero esta conducta mía
causa es de fuerza mayor,
porque, tras mucho pensar,
he venido a averiguar
que estar solo es lo mejor.
ANDRÉS El mundo...
FELIPE Tanto sufrí
que me inspira horror y tedio.
ANDRÉS ¿Y huye usted?
FELIPE Es el remedio
más seguro para mí.
ANDRÉS Pues es mandato divino
luchar.
FELIPE Sin tregua luché.
ANDRÉS Pero su falta de fe
le detiene en el camino.
FELIPE Es que derrotado estoy.
ANDRÉS Es que en esta lucha ardiente
sólo triunfa el que es creyente.
FELIPE ¡Creyente! ¿Y yo no lo soy?
ANDRÉS No tal.

FELIPE ¿Porque los altares
no visito ni contemplo,
ni me arrodillo en el templo
para llorar mis pesares?

ANDRÉS Por eso.

FELIPE No. ¿A qué seguir?
En cuestiones de creencias,
hay que dejar las conciencias
libres y no discutir.
Yo tengo mi Dios, lo siento
con su infinito poder
en el fondo de mi ser,
dentro de mi pensamiento,
y no le adoro de hinojos
ni mi cuerpo ante él se humilla;
mi alma es la que se arrodilla
cuando levanto los ojos.
Usted su imagen venera
al olor del incensario
que perfuma el santuario;
mas de una y otra manera
los dos amamos a Dios,
y basta con ese anhelo
para que lleguen al cielo
las plegarias de los dos.

ANDRÉS Cómoda filosofía
para salir del asunto;
pero en fin, hagamos punto.
Otra voz, si no la mía,
le hará en su acuerdo volver.

FELIPE ¿Y qué voz lo ha de lograr?

ANDRÉS La que levante en su hogar
el amor de una mujer;
el matrimonio, esa egida
de mi santa religión,
que perpetúa la unión
de dos seres en la vida;
dichosa unión que asegura
el deber, que a todo alcanza,
que fecunda la esperanza
y eterniza la ventura.

FELIPE Y que, en cuanto no es la dicha

su inmediata consecuencia,
destrozando la existencia,
petrifica la desdicha.

ANDRÉS ¿Odia al matrimonio?

FELIPE No.

ANDRÉS Como se da a censurarlo...

FELIPE La manera de formarlo
es lo que censuro yo.

ANDRÉS ¿Por qué?

FELIPE Porque sacrifica
a su consistencia todo.

ANDRÉS No me lo explico.

FELIPE Del modo
en que ahora se verifica
un ser con otro ser queda
sujeto; ya están ligados
y eternamente amarrados,
suceda lo que suceda.
Se engañaron. ¿Y qué importa?
Purguen unidos su error
y dominen su rencor,
que al cabo la vida es corta,
aunque tenga el sufrimiento
la condición de trocar
cada instante de pesar
en un siglo de tormento.

ANDRÉS Para eso sirve la fe,
para lograr dominarse
y aprender a resignarse.

FELIPE A resignarse, ¿por qué?
¿Hubo error? Pues a vencerlo,
a evitarlo, a combatirlo.
Lo lógico no es sufrirlo,
lo lógico es deshacerlo.

ANDRÉS La ley de Dios no se cura
de los crímenes del hombre.

FELIPE Tampoco debe en su nombre
eternizar la amargura;
y el que se agita cautivo
en este lazo inclemente
padece perpetuamente
con motivo y sin motivo.

ANDRÉS La separación...
FELIPE Es medio
que sólo males produce,
que a la injusticia conduce,
que a nada pone remedio.
¿Y cómo, si en el delirio
de sus ruines procederes
nos desune en los placeres
y nos une en el martirio?
De la justicia y de Dios
para esto el nombre se invoca;
no, tal absurdo no toca
a ninguno de los dos.
Ni eso es justo ni divino.
Procedimiento que ayuda
a los infames y escuda
las traiciones del destino
robando a quien es leal
fama, ventura y reposo,
es un crimen religioso
y una mentira legal.
ANDRÉS Teoría absurda y loca
de las humanas pasiones.
Los malos son excepciones.
FELIPE Y al que la excepción le toca,
¿qué le resta? El desgraciado
que la sufre ¿no podrá
libertarse nunca? Está
para siempre condenado.
¿Es justo decirle a un hombre
o a una mujer: sufre, llora
y tus angustias devora;
tu dignidad y tu nombre
a un infame están unidos;
para redimir tu suerte
sólo hay un medio: la muerte?
¿Amas? Pues que los latidos
de tu corazón no lleguen
a turbar la dulce calma
de quien es vida de tu alma;
que tus ojos no se cieguen
contemplando su belleza;

guarda en el fondo del pechc
el amor, ese derecho
que te dió Naturaleza
y desprende de tu ser
los afectos que lo rigen,
porque hay leyes que lo exigen
y debéis obedecer.
¿Es eso justo y conforme
a la razón?

ANDRÉS Es forzoso;
es un deber doloroso.

FELIPE Es una injusticia enorme.

ANDRÉS Es la ley.

FELIPE De ella protesto,
y de combatirla trato.

ANDRÉS Pues yo la admito y la acato.
Así el cielo lo ha dispuesto
en su poder absoluto.

FELIPE ¿El cielo? ¡Imposible! ¡No!

ANDRÉS Él es quien lo manda, y yo
ni analizo ni discuto.
Donde mi juicio no alcanza,
a la fe pido su ayuda,
y ella resuelve mi duda
y conserva mi esperanza.

FELIPE La fe, la revelación.

ANDRÉS Lo eterno, lo indiscutible.

FELIPE Modo fijo e infalible
de tener siempre razón.

(Aparece don Anselmo en la puerta del foro.)

ANDRÉS Él me inspira y a él me atiendo.

ANSELMO ¿Felipe y el padre Andrés?
Pongo veinte contra tres
a que estábamos riñendo.

ESCENA VIII

Dichos y DON ANSELMO. Al final, MARGARITA, por la de [illegible], y ROSA, dentro.

ANDRÉS Reñir no, precisamente.

ANSELMO Yo imaginé que lo hacían.
A lo menos discutían

muy acaloradamente.

ANDRÉS Don Felipe, que sustenta
unos juicios tan extraños...

FELIPE Usted, que protege daños
infinitos.

ANDRÉS Por su cuenta
es el santo matrimonio,
con sus leyes inmortales,
un semillero de males
y una invención del demonio.

ANSELMO ¿De veras?

ANDRÉS Como lo digo.
Hablando de él se arrebata,
y lo acusa y lo maltrata,
y es su implacable enemigo.

ANSELMO ¿Enemigo? No creí
que institución tan severa
como justa los tuviera.

FELIPE Tampoco lo tiene en mí
cuando a su dulce calor
viven dos seres sintiendo
un mismo afán y partiendo
su alegría y su dolor.
Lo que en mí no halla disculpa
es que ese lazo respete
los crímenes y sujete
lo que desata la culpa.

ANDRÉS Esa ley justa y sagrada
es dura hasta el sacrificio
del hogar en beneficio.

FELIPE No le sirve para nada.
Los que en la infamia se agitan
burlan su severidad;
los que se aman de verdad...
esos no la necesitan.

ANSELMO Contra esas leyes razón
podrá haber; pero al presente,
lo más cuerdo y conveniente
es tomarlas como son;
que, justas o equivocadas,
en ellas viene a fundirse
la única forma de unirse

a las mujeres honradas ;
y encontrar una mujer
de pecho firme y seguro
no es caso de gran apuro
para quien sabe escoger.

ANDRÉS Usté ha de ser el primero
que a aceptarlas se decida.
Joven y solo en la vida,
independiente, soltero,
algún día llegará
en que haga a una mujer dueña
de su alma, y si ella se empeña
con ella se casará.
(Sale Margarita por la primea puerta de la derecha.)
Eso es lo que necesita.

MARGARI. Rosa, ven.

ROSA (Dentro.) Voy al momento.

ANDRÉS Ahí tiene usté un argumento.
invencible.

FELIPE ¡ Margarita !

ESCENA IX

Dichos y MARGARITA ; luego, ROSA y GASPAR. Al final, CARLOS.

ANSELMO ¿Qué te pasa?

MARGARI. Que hace un rato.
oí las doce sonar
y aun está sin arreglar
la mesa.

ANDRÉS ¡ Qué desacato !

ANSELMO ¿No has visto a Felipe?

MARGARI. Sí.
(Qué torpeza.)

FELIPE A mi llegada.

MARGARI. Es cierto, estaba asomada
a la ventana y le vi.
Le hacemos a usté esperar.
(Al padre Andrés.)

ANDRÉS ¡ No hay prisa !

MARGARI. ¡ Rosa !

ROSA Allá voy,

(Sale Rosa con unos platos, que deja encima del aparador, por la segunda puerta de la derecha.)

o, mejor dicho, aquí estoy.
Ayúdame tú, Gaspar.

(Sale Gaspar por la derecha. Rosa, ayudada de Gaspar, empieza a poner la mesa. El padre Andrés toma asiento en el sillón. Don Anselmo lo hace a un lado en una silla. Margarita y Felipe, en primer término, en el sofá. Felipe, bajo a Margarita.)

FELIPE Bien mío, ¿por qué he de ver
huellas de llanto en tus ojos?
¿Sufres? ¿A qué esos enojos?

MARGARI. ¿A qué tratas de esconder
un secreto y me condenas
a sufrir? Por eso lloro
y mis lágramas devoro
como devoras tus penas.

ANDRÉS Bien se explica la pareja,
don Anselmo.

ANSELMO Labre Dios
la ventura de los dos.

ROSA Mira que eres torpe. Deja
eso allí encima. (A Gaspar.)

GASPAR Mujer,
no vayas ahora a enfadarte.

ROSA ¡Majadero!

GASPAR Es que al mirarte
me embobo, y no sé qué hacer,
Rosilla.

(Trata de cogerle una mano por debajo de la mesa.)

ROSA ¡Quieto, Gaspar!

GASPAR Pero chica, si es en broma.

ROSA ¿No te estás quieto? Pues toma.

(Dándole un pellizco. Sale por la segunda puerta de la derecha.)

GASPAR ¡Ay!

ANDRÉS ¿Qué es eso?

GASPAR Al colocar
la botella he tropezado;
se torció el pie, me escurrí...

ANSELMO Eso me parece a mí,
que te escurres demasiado.

(Gaspar sale por el foro, y entra Rosa por la segunda de la derecha con una sopera en la mano.)

ROSA La sopa.

ANDRÉS Nombre bendito.

ROSA Abrasa.
Aun se oye el hervor.

ANDRÉS Y tiene su humo un olor
que despierta el apetito.

ANSELMO Pues no hay tiempo que perder.
A usted toca bendecirla
y a nosotros consumirla;
conque vamos a comer.

(Todos se dirigen a la mesa, y dice Carlos, dentro)

CARLOS ¿Bien todos?

GASPAR Voy al momento.

ANSELMO ¡Es Carlos!

MARGARI. Sí.

GASPAR Daré aviso
a los amos.

CARLOS No es preciso.
Señores, ¿hay un asiento?

ESCENA ÚLTIMA

Dichos, CARLOS y GASPAR.

ANSELMO ¡Carlos!

CARLOS Yo.

ANSELMO ¡Sin avisar!

ANDRÉS Mayor placer nos procura.

CARLOS ¿Cómo vamos, señor cura?...
¿No me quieres abrazar,
reina en un pueblo cautiva?

(Dirigiéndose a Margarita.)

MARGARI. ¿Cómo estás, Carlos? (Con frialdad.)

CARLOS ¿Así
me recibes? No creí
encontrarte tan esquiva.

MARGARI. Yo...

CARLOS Disgustarte no quiero.
Servidor... (Por Felipe.)

(Cosa más rara.)
¿Dónde he visto yo esta cara?

ANSELMO Carlos Suárez, ingeniero,
a quien por lo de él hablado
conocerá usted.

FELIPE Sí tal.

ANSELMO Don Felipe Carvajal,
mi amigo muy estimado.

(Felipe y Carlos se saludan. Don Anselmo vuelve al lado del padre Andrés. Margarita queda algo más cerca de Felipe que de Carlos.)

CARLOS Carvajal... Ahora recuerdo;
tuve la dicha de hablarle
en Madrid y presentarle
mis respetos.

FELIPE No recuerdo.
(Me conoce.)

CARLOS Es natural
que no se acuerde de mí;
a usted presentado fuí
un día antes del fatal
suceso que ha motivado
sus penas.

MARGARI. (¿Qué oigo? Sabré
la verdad.)

FELIPE (A Carlos.) (Mal hace usté
en recordarme el pasado.)

CARLOS ¡Cómo!

ANSELMO ¿Os conocéis?

CARLOS Sí.

ANDRÉS ¿Trato amistoso y frecuente?

CARLOS No, por cierto..., casualmente.

FELIPE Una vez sola le vi.

ANDRÉS ¿Vamos?

FELIPE (A Carlos.) (¡Silencio, por Dios!

MARGARI. (¡Qué le angustia y qué le altera!)

FELIPE Ni una palabra siquiera
hasta que hablemos los dos.

TELÓN

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

El teatro representa un gabinete contiguo al comedor y modestamente decorado. Puerta al foro. En el lateral derecha, una puerta y una ventana. A la izquierda, en primer término, un diván, y algo más retirado, un velador, sobre el cual habrá un servicio de café. Al comenzar el acto aparecen los actores sentados mientras Margarita les sirve el café.

ESCENA PRIMERA

MARGARITA, FELIPE, DON ANSELMO, EL PADRE ANDRÉS, CARLOS y luego ROSA.

MARGARI. ¿Cuánto azúcar? (A Carlos.)
CARLOS Dos terrones,
y aun hay de sobra con ellos,
que servidos por tu mano,
bastan, con ser tan pequeños,
para endulzar todo el moka
que existe en el universo.
MARGARI. ¿Lisonjas? Usted, Felipe.
(Sirve a Felipe y al coger un terrón lo deja caer sobre el platillo.)
Se cayó. Suplan mis dedos
las tenacillas. (Alarga la taza a Felipe.)
FELIPE Mil gracias.
CARLOS Qué suerte..., envidia le tengo.
MARGARI. El café.

ANSELMO ¡Conque tu viaje!...
CARLOS Ni interesante ni nuevo.
Siempre en fábricas metido,
entre el formidable estruendo
de máquinas que sacuden
sus músculos gigantescos,
y que entrechocan sus dientes
y vomitan por sus huecos
espesas columnas de humo
y rojas lenguas de fuego;
¿qué pudiera yo contarles
de los diferentes pueblos
que visité? Nada o algo
a todo interés ajeno.
Seguro estoy de que piensa
lo mismo este caballero. (Por Felipe.)
FELIPE ¿Yo? (¡Qué tortura!) Usted habla
de algo que es grande y que es bello,
porque encarna la más justa
de las leyes: el progreso;
todo lo que a él se encamina
es sublime y es eterno.
La materia, como el alma,
necesitan de ese aliento
formidable, que va obstáculos
y tradiciones corriendo;
feliz del que a la materia
encamina sus esfuerzos;
ése triunfa en el combate;
más rebelde y más complejo
el organismo del alma,
lucha más y avanza menos;
y en tanto que la materia,
sumisa a nuestros deseos,
nos ofrece sus tesoros
y nos entreabre su seno,
como esclava que se rinde
al capricho de su dueño,
el alma resiste, brega,
y cada triunfo completo,
cuesta un siglo de amarguras
y otro siglo de tormentos.

¡Ay! le es más fácil al hombre
dominar con sus esfuerzos
el rudo bloque de piedra,
la informe masa de hierro,
el rayo que va en las nubes
y el mar entre rocas preso,
que vencer una costumbre
injusta, un error grosero,
la superstición más leve
y el absurdo más pequeño.

ANDRÉS ¿Qué opinas tú? (A Carlos.)

CARLOS Señor cura,
yo de esas cosas no entiendo.

MARGARI. ¿No entiendes?

CARLOS Para nosotros
el alma no tiene objeto.

ANSELMO ¡Carlos!

FELIPE Ustedes, acaso
sin quererlo y sin saberlo,
inventan y perfeccionan
del espíritu en provecho.

CARLOS ¿Nosotros? ¿De qué manera?
Diga usted.

FELIPE Substituyendo
en los campos, en las fábricas,
en todas partes a un tiempo,
a los músculos de carne
por los músculos de acero.

ANDRÉS ¿Y qué?

FELIPE Que cuando esto ocurra
de un modo invariable y cierto,
el hombre, libre de trabas
que le sujeten al freno
de materiales trabajos,
podrá dedicar su empeño
a un solo fin, el más noble,
el más digno de su genio:
la perfección del espíritu,
el ensanche del cerebro
y el predominio del alma,
que es su misión y su objeto.

ANDRÉS Con tan raras teorías
adiós los santos preceptos.
MARGARI. ¿Por qué?
ANDRÉS Dios le dijo al hombre:
Has de ganar el sustento...
ANSELMO Con el sudor de tu frente;
no habló del sudor del cuerpo.
CARLOS Bien dicho: pero termine
esta discusión, no demos
motivo a que Margarita
nos tache de desatentos.
MARGARI. ¿Por qué? La oigo con gusto.
CARLOS Más lógico es que tratemos
de otras cosas. Yo, aun podría,
evocando mis recuerdos,
contar alguna aventura.
MARGARI. ¿Amorosa?
CARLOS Ni por pienso.
Si alguna mujer despierta
ansias de amor en mi pecho,
esa mujer, te lo juro,
no vive en el extranjero.
FELIPE (¿Qué dice?)
CARLOS (Acercándose a Margarita y con acento apasionado.)
Vive más cerca.
¿Comprendes?
MARGARI. No te comprendo.
FELIPE (Quiere robarme la dicha
tras de robarme el sosiego.)
MARGARI. ¿Han terminado?
ANSELMO Sí.
MARGARI. (Tira del cordón de la campanilla) ¡Rosa!
(Sale Rosa por el foro)
ROSA Señorita.
MARGARI. Llévate eso.
(Rosa recoge el servicio del café y se retira con él por el fondo.)
ANSELMO Vamos al jardín, su sombra
nos dará ambiente más fresco;
tu cuarto, está donde siempre,
del corredor al extremo.
(A Carlos, señalándole la puerta lateral de la izquierda.)

CARLOS Gracias.

FELIPE (Bajo a Margarita.) Necesito hablarte.

MARGARI. También yo hablarte deseo.
En el jardín...

FELIPE No es posible.

MARGARI. Entonces...

FELIPE Aquí te espero.

ANSELMO Ven, Margarita.

(Margarita se dirige hacia don Anselmo y se encamina al fondo, apoyada en el brazo de aquél.)

CARLOS Al instante
me uno a ustedes.

(Hace ademán de dirigirse hacia la izquierda.)

FELIPE ¡Un momento!

(Carlos se detiene. Margarita y don Anselmo salen por el fondo. Don Anselmo les sigue a alguna distancia.)

ESCENA II

FELIPE, CARLOS y EL PADRE ANDRÉS.

FELIPE Usted me habló del pasado
y fuerza es que de él hablemos
ahora.

CARLOS Estoy a sus órdenes.

(El padre Andrés, que llega al foro, se vuelve hacia don Felipe y le dice.)

ANDRÉS ¿No viene usted?

FELIPE No, me quedo
un instante con don Carlos.
Luego bajaré.

ANDRÉS Les dejo.
Los amigos siempre tienen
que contarse algo. (Secretos
entre uno y otro...) Señores,
hasta después.

CARLOS Hasta luego.

(Sale el padre Andrés.)

ESCENA III

FELIPE y CARLOS. Al final, MARGARITA. Felipe llega hasta el foro para cerciorarse de que el padre Andrés ha bajado al jardín. Luego vuelve al primer término, donde está Carlos.

FELIPE Usted conoce mi afrenta.
El suceso desgraciado
que en mi memoria ha gravado
una página sangrienta,
y que de mi alma arrancó
los gérmenes de la dicha,
pudo causar mi desdicha,
mi remordimiento, no.
CARLOS Porque así llegué a estimarlo,
hablé del trance fatal
en voz alta.
FELIPE Hizo usted mal.
A mí me importa ocultarlo.
CARLOS ¿Por qué?
FELIPE Pregunta insensata.
(Si supiera...) No adivina
que el pasado me asesina,
y me avergüenza y me mata.
¿No comprende usted que huí
para que ninguno viese
mi ultraje? Si tal no fuese,
¿cómo estuviera yo aquí?
Mi deshonra, aunque vengada,
se hizo pública y persiste;
aquí tan sólo no existe
porque nadie sabe nada:
aquí vine, por creer
que en tan humilde lugar,
nadie podría evocar
los fantasmas del ayer;
y viendo que usté iba a hundir
esta dicha, la postrera,
le he impedido que dijera...
lo que pensaba decir.
CARLOS No me explico su tormento:

el que, como usted, procede
honradamente, ni cede
ni teme al remordimiento.
La infamia se desafía
cuando se venga.

FELIPE — No acabe.

CARLOS — ¿Por qué?

FELIPE — Porque usted no sabe
toda la desgracia mía.

CARLOS — La conozco.

FELIPE — ¿Y considera
que ocultarla necio ha sido?...
No la sabe, o la ha sabido
por los labios de un cualquiera,
que en son de cuento la ofrece.
Las penas, para sentirlas,
se hace necesario oirlas
del mismo que las padece.
Usted por mí va a saberlas;
diga, después de escucharlas,
si hay razón para ocultarlas
y razón para temerlas.

CARLOS — Si evocando su memoria
padece usted, yo no trato...

FELIPE — Sufrir... Es corto el relato
y muy sencilla la historia.
(Pausa.) De un hogar rico y dichoso
disfrutamos por igual
un marido cariñoso,
un amante venturoso
y una mujer desleal.
Ella, de instinto liviano,
él, modelo de candor...
El amante era un villano,
de esos que nos dan la mano
y nos quitan el honor.
Lo quiso así la impiedad
o el capricho de la suerte,
formando esa trinidad
que construye la maldad
y que desata la muerte.
Para el marido engañado,

vivió el crimen rodeado
del misterio más profundo.
No dudaba... El hombre honrado
cree que lo es todo el mundo.
(Pausa) ¿Cómo lo supe?... No tiene
valor... Un rastro, un indicio...
Nube que el rayo contiene,
pasa y cumple con su oficio
sin decir de dónde viene...
Vencí mi angustia mortal
con esfuerzo sobrehumano,
y fuí al encuentro del mal
acariciando un puñal
entre mi convulsa mano.
No quería que el fragor
de un tiro mi deshonor
contase y mi desventura...
El hierro es arma segura
y calla y mata mejor... (Pausa)
Hasta la casa llegué...
Nadie me veía..., entré...,
una escalera subí,
la puerta en silencio abrí
y en el cuarto penetré.
Marchaba con precaución,
con miedo, con turbación,
acobardado, sombrío...
Iba a recobrar lo mío
y parecía un ladrón...
Con planta torpe e incierta
cruzo una estancia desierta,
suena un beso más adentro,
avanzo, empujo una puerta
y mi deshonor encuentro...
Poca luz..., la que bastaba
para la deshonra mía...
Aquella luz alumbraba
a una mujer que reía
y a un hombre que la abrazaba.
Verme, trocarse en locura
mi odio y su fiebre de espanto
fué un momento, lo que dura

en los felices el llanto
y en los tristes la ventura.
La mujer lanzó un gemido:
el hombre, irritado y fiero,
llegó hasta mí decidido
a salvarla... Aquel bandido
era todo un caballero.

CARLOS ¿Lucharon?

FELIPE A no dudar.
Como lo pueden hacer
el que desea salvar
la vida de una mujer
y el que la quiere matar.
¡El miserable!... Duró
poco su insensato anhelo;
mi arma en su pecho se hundió
y su cadáver rodó
por el alfombrado suelo.
Por el cadáver salté,
y ciego de rabia fuí
al sitio donde la ví
refugiarse..., no la hallé;
la infame no estaba allí.

CARLOS ¿Que no estaba?

FELIPE Había huído
aprovechando el instante.
Es tan vil, que no ha sabido
ni respetar al marido
ni morir con el amante.
Huyó, y al mirar que huía,
vi que en el fango se hundía
la dignidad de mi nombre.
¿Sin ella, de qué servía
el cadáver de aquel hombre?
De nada. Porque al matar,
yo pretendía librar
mi honor de su infame huella...
y mi honor se fué con ella
y no lo puedo salvar.

CARLOS ¡Lance horrible! Pero usted
no tiene ningún motivo
para ocultarlo.

FELIPE Es que vivo
de la traidora a merced;
porque en su tráfico inmundo
no se detuvo un instante,
y, muerto el primer amante
abrió la puerta al segundo,
mientras la chusma social
repetía: «Esa liviana,
esa torpe cortesana
es mujer de Carvajal.»
Entre el asqueroso cieno
que las gentes revolvían,
se mezclaban y se unían
mi nombre y su desenfreno.
¿Podía yo ver con calma
que sirviese mi apellido
en azote convertido
para desgarrarme el alma?
¡Imposible! No podía,
y determiné alejarme
de las gentes, ocultarme
y hundir la vergüenza mía
aquí donde sufro y vivo,
sin que nadie sea osado
a recordarme el pasado
con acento compasivo.
Un gesto, una indiscreción,
harán que mi pena estalle.
Necesito que usted calle.
He aquí mi pretensión.

CARLOS Extraño afán... No recele;
puesto que así lo desea
y lo pide, que yo sea
quien su desdicha revele.
(Aparece Margarita en la puerta del foro. Al ver a Carlos, se detiene y se queda en actitud de escuchar.)
Su secreto está guardado
por mi fe de caballero.

FELIPE De ella fío; en ella espero.

MARGARI (¿Qué dicen?)

CARLOS No haya cuidado.

FELIPE Gracias.

CARLOS Así lograré
que perdone una imprudencia
cometida sin conciencia.

(Se dirige hacia la izquierda)

FELIPE ¿No va al jardín?

CARLOS Luego iré.

FELIPE Pues le aguardo.

CARLOS No, señor.

FELIPE Yo..

CARLOS De ninguna manera.
Bajaré por la escalera
que limita el corredor.
Hasta después.

(Sale. Margarita, en el foro, y Carlos, por la izquierda.)

MARGARI. (Es forzoso
que él me diga...)

FELIPE (No hablará
y mi pecho gozará
de este martirio dichoso.
¡La dicha! Qué necio fuí...
Dichoso, y pongo el objeto
de mi dicha en un secreto
que no depende de mí.)

(Se deja caer con desesperación en el diván.)

ESCENA IV

FELIPE y MARGARITA. Al final, DON ANSELMO. Margarita avanza sin ser vista de Felipe hasta el sitio ocupado por éste.

MARGARI. (Llora.) ¡Felipe!

FELIPE ¿Quién es?
(¡Ella!) ¿Tú?

MARGARI. Yo, que venía
mientras que se despedía
el mío del padre Andrés,
a cumplir lo que exigiste,
a verte. Llegaba aquí,
te hallé con Carlos, le oí
y me detuve.

FELIPE ¿Qué oíste?
Dilo pronto.

MARGARI. Asegurar
la fianza de un secreto
que yo ignoro por completo
y que voy a averiguar.
FELIPE ¡ Averiguarlo ! ¿Por quién?
MARGARI. Por ti...
FELIPE ¡ Qué insensata idea !
MARGARI. Es tuyo, y sea cual sea
debe ser mío también.
FELIPE No sigas, no hables así.
Si mis secretos oculto
y en mi alma los sepulto
es por tu dicha, por ti.
Por ti imploro compasión,
por ti gratitud ofrezco
a ese hombre a quien aborrezco
con todo mi corazón.
MARGARI. ¿A Carlos? ¿Te inspira enojos?
¿Por qué?
FELIPE Porque se proclama
tu adorador, porque te ama,
te ama, lo he visto en sus ojos,
y lo sé y nada le digo,
e imploro su caridad
con acento de piedad
y actitudes de mendigo ;
y me humillo ante él, y llego
a solicitar su amparo
y en sus odios no reparo.
¿Para hablarle en son de ruego
el egoísmo me incita?
¿Lo hago por mí? Por mí, no ;
por mí no rogara yo ;
lo hago por ti, Margarita.
MARGARI. ¿Y si yo quiero exigir
que hables? Responde.
FELIPE No aumentes
mis angustias ; no lo intentes,
porque nada he de decir.
MARGARI. El que ama no oculta nada.
FELIPE Lo oculta, cuando al hablar
sabe que puede aumentar

las angustias de su amada ;
y lo oculta cuando espera
ver en sus frases perdido
el amor del ser querido ;
es decir, la vida entera.
¿Porque no llegué a contarlo
aquella noche fatal?
Callé entonces, e hice mal.
Hoy no puedo revelarlo.

MARGARI. Felipe, ¿qué estás diciendo?

FELIPE Que me da espanto creer
que tu amor voy a perder.

MARGARI. ¿Dudas de mi amor sabiendo
que en mi pecho vive y arde?

FELIPE ¿La razón no se te alcanza?
Él es mi última esperanza,
¿cómo no he de ser cobarde?

MARGARI. Necio. ¿Y así desconfías
de mí, que existo por ti,
y al darte mi honra te di
todas las venturas mías?
Te engañas ; no eres buen juez,
no. La mujer, cuando llega
a amar a un hombre, se entrega
para siempre y de una vez ;
no hay fuerza que la quebrante,
ni valla que la sujete,
ni desdicha que la inquiete,
ni martirio que la espante.
Del hombre valor recibe
y es firme, invariable, fiel ;
ella no existe ; ella es él,
por él muere, por él vive,
en él lo concentra todo
y marcha con fe segura :
si él está arriba, a la altura ;
si está en el abismo, al lodo.
Así te amo y te amaré ;
así yo el amor comprendo.
De otro modo, ni lo entiendo,
ni lo siento, ni lo sé.

FELIPE ¡Bien mío!

MARGARI. Torpe es la idea
que tus dudas ha causado.
Háblame de tu pasado,
por muy horrible que sea;
refiéreme uno por uno
tus tormentos, tus dolores,
tus afrentas, tus rencores,
sin ocultarme ninguno.
Si hay penas, sabré llorarlas;
si injusticias, combatirlas;
si humillaciones, sufrirlas;
si amarguras, consolarlas;
y si tu pasado es
digno de infamia y castigo,
sabré arrostrarlo contigo
aunque sucumba después...

FELIPE Aunque tu bondad quisiera,
alcanzarlo no podría.

MARGARI. ¡Felipe!

FELIPE No faltaría
quien hacerlo te impidiera.

MARGARI. ¿Sujetar mi corazón?
¿Y quién iba a conseguirlo?
No hay razón para impedirlo.

FELIPE ¿Y si tuviesen razón?...

MARGARI. ¿Tenerla?... Yo quiero unir
nuestra suerte. De eso trato.
Sea cual sea, la acato;
¿quién me lo puede impedir?
¿Eres hijo del azar?
No importa. Te amo y te sigo,
y el baldón parto contigo
y no te dejo de amar.
¿Algún ultraje obscurece
tu fama? Yo lo soporto,
y contigo lo comporto
y mi amor contigo crece.
¿Fuiste criminal? Pues bien,
no cedo. ¿Estás deshonrado?
¿Eres pobre? ¿Desgraciado?
Te sigo y te amo también.
A todo la inmensidad

de mi cariño se impone.
FELIPE (¡ Todo, todo lo supone,
todo, menos la verdad !)
Santa y hermosa mujer,
que arrojan en mi camino
asechanzas del destino
que yo no supe vencer ;
mi amor con el tuyo humillas.
No, yo no puedo adorarte
como a mujer ; debo amarte
como lo hago : de rodillas,
admirando tu candor
que por mi desdicha clama.

(Aparece don Anselmo en el fondo y contempla sin ser visto de ellos el prupo que forman Margarita y Felipe.)

Mi afecto no necesita
más premio ni más merced.
MARGARI. ¡ Felipe de mi alma !

(Don Anselmo, que ha ido avanzando lentamente, exclama, encarándose con Felipe.)

ANSELMO ¿ Usted
a los pies de Margarita?

ESCENA V

Dichos y DON ANSELMO.

FELIPE ¡ Don Anselmo !
ANSELMO No pensara
yo nunca que en este hogar
quien alto podía hablar
del misterio se amparara ;
ni creí que la hija mía,
cuando el momento llegase
de que a un extraño adorase,
su pasión me ocultaría.
MARGARI. ¡ Padre !
ANSELMO Soy hombre de honor,
y hombre de honor le he juzgado
cuando su mano he estrechado.

FELIPE ¡Don Anselmo!
MARGARI. Por favor.
Escucha.
ANSELMO Debo quejarme
de ver que a tu padre alcanza
tu falta de confianza.
(A Felipe.) Usted debió revelarme
su apasionada querella.
FELIPE (¡Y yo a tal infamia llego!)
MARGARI. Padre, yo...
FELIPE Señor...
ANSELMO Le ruego
que me deje aquí con ella.
Voy de su ventura en pos
y a solas deseo hablarla.
MARGARI. Felipe...
FELIPE (¡Yo abandonarla!...)
ANSELMO Luego hablaremos los dos;
(Ademán de interrupción en Felipe.)
modere usted su ansiedad.
FELIPE Yo fuí quien, de ella a despecho...
ANSELMO ¡Salga! Aun me asiste el derecho
de imponer mi voluntad.
Aun la puedo detener
en mis brazos, aun es mía.
(Felipe se dirige hacia don Anselmo como si quisiera hablarle; luego se detiene y se encamina precipitadamente hacia la puerta lateral izquierda.)
FELIPE (Mi esperanza y su alegría,
todo sucumbe, ¿qué hacer?) (Sale.)

ESCENA VI

MARGARITA, DON ANSELMO y, al final, CARLOS.

ANSELMO ¿Me recatabas tu amor,
Margarita?
MARGARI. ¡Padre mío!
ANSELMO Si yo tu ventura ansío;
si mi deseo mejor
es contemplarte dichosa,

¿a qué venía ocultarme
tu cariño? ¿A qué engañarme?

MARGARI. ¡Padre, perdón!

ANSELMO Triste cosa
es pasar la vida entera
a un afecto consagrado,
y vivir a él entregado
como si más no existiera
para ver que se derrumba
cuando nuestro ser perece,
y nuestra alma se estremece
sobre el borde de la tumba.
Por ti existo, sin tener
otra ambición ni otra mira...
Después del que un hijo inspira
¿qué afecto puede caber?
Ninguno; en él se concentra
toda gloria y todo empeño;
pero ese querido dueño
un hombre a su paso encuentra,
sus ojos en los de él fija,
se une a él con la mirada,
y el que es padre ya no es nada
en la existencia de su hija.

MARGARI. Nunca, señor, no lo creas;
siempre hice de ti el objeto
de mi amoroso respeto;
aunque de otro hombre me veas,
seré a tus desvelos fiel.

ANSELMO ¿Y siéndolo, me engañaste
y la verdad me ocultaste?
(Ademán de interrupción en Margarita.)
¿Qué le has ocultado a él?

MARGARI. Señor...

ANSELMO Engañarme así...

MARGARI. ¡Padre, por piedad...!

ANSELMO Dejemos
mis penas, de ellas no hablemos.
Hablemos de él y de ti.
¿Le quieres mucho?

MARGARI. Señor...

ANSELMO Dílo.

MARGARI. Mi existencia es suya.
ANSELMO Y él, a cambio de la tuya,
¿te da su vida y su honor?
MARGARI. Sí, padre.
ANSELMO Y si yo exigiera
de ti que le abandonases,
que de quererle dejases...
MARGARI. ¡Cómo!
ANSELMO Si yo te dijera
no ames, ¿qué harías después
de oirme?
MARGARI. No sé qué haría,
sólo sé que moriría.
ANSELMO Le adoras... ¡Qué feliz es...!
No temas, bien mío, no,
que a tu deseo me oponga
y que mi capricho imponga
a tus voluntades. Yo
las respeto.
MARGARI. ¡Y él dudaba!
ANSELMO ¿Dudar?
MARGARI. No es eso... Temía
tu oposición... Yo sabía
que al pensarlo se engañaba.
Lo sé. En tu cariño fío.
¿Verdad?
ANSELMO ¡No ha de ser verdad
si ésa es tu felicidad!
MARGARI. ¡Qué bueno eres, padre mío!
ANSELMO Que duda, ¿pero por qué?
MARGARI. Porque recela...
ANSELMO (¿Qué es esto?)
¡Habla!
CARLOS (Apareciendo.) Me voy si molesto.
ANSELMO ¡Carlos!
CARLOS ¿A estorbar llegué?
MARGARI. No, yo salía.
CARLOS Corriente.
Hasta luego.
MARGARI. Adiós. (Sale por la derecha.)
ANSELMO Adiós.

CARLOS Estando solos los dos
hablaré más fácilmente.
ANSELMO Ella podía impedir...
CARLOS No tanto ; pero yo quiero
que usted escuche primero
lo que le voy a decir.

ESCENA VII

DON ANSELMO, CARLOS y, al final, GASPAR.

CARLOS Expondré a usted mis propósitos,
sin retóricos alardes.
que ni entran en mis costumbres
ni encajan en mi carácter.
Bajé al jardín con objeto
de detenerle y hablarle :
no estaba usted, di la vuelta,
y vengo para que acaben
de una vez estas zozobras
con que mi pecho combate.
ANSELMO No te comprendo, pero habla.
CARLOS El comprenderme es muy fácil.
Usted conoce mi vida
y toda mi historia sabe.
Solo en este mundo y falto
del apoyo de mis padres,
di comienzo a mis estudios ;
con ellos marché adelante,
y ultimada mi carrera
y al término de mis viajes
pregunto a usté y me pregunto :
El que huye las liviandades
que a la juventud mantienen
en un delirio constante ;
el que del hogar ansía
los goces inacabables,
y está huérfano y posee
sólida y segura base
para luchar con la vida,
¿qué debe de hacer?

ANSELMO Casarse
con una mujer honrada
que le respete y que le ame.

CARLOS Yo también pienso lo mismo,
y los motivos que me hacen
provocar esta entrevista,
a mi casamiento atañen.

ANSELMO ¿Y yo, qué puedo decirte,
ni qué puedo aconsejarte?
(¡ Pobre Carlos !)

CARLOS Es que todo
depende de usted. El ángel
en quien mi esperanza fundo
es Margarita. Durante
la ausencia, vino conmigo
su hermosa y querida imagen.
En ella he pensado siempre,
y aquí vengo para darle,
si usted quiere y ella acepta,
mi nombre. Estos mis afanes
han sido, éste mi deseo
y esto lo que a usted me trae.

ANSELMO Carlos..., de sobra conoces
que fuera dichoso trance,
para quien como yo te ama
y lo que mereces sabe,
darte a mi hija, y mi ventura
con su ventura entregarte;
pero bien a pesar mío
y sintiendo tus pesares
debo decirte que pides
lo imposible... Llegas tarde.

CARLOS ¿Por qué?

ANSELMO Porque Margarita
ama a otro hombre.

CARLOS ¿A quién? Acabe.

ANSELMO ¿No lo adivinas?

CARLOS No acierto...

ANSELMO Felipe...

CARLOS ¡ Qué !

ANSELMO De amargarte

la esperanza me conduelo;
pero mi deber...

CARLOS ¡Oh, calle,
calle usted!... Lo que me asusta
no es mi dolor, son sus frases.
Felipe y ella... No es cierto.
Usted se engaña.

ANSELMO Engañarme,
¿por qué?

CARLOS Porque es imposible
que ella le ame, ni que él la ame.
Usted se funda en supuestos
faltos de apoyo y de base;
usted sueña.

ANSELMO Los he visto
aquí mismo hace un instante
hablando de amor; por mi hija
supe que ese amor es grande,
y determiné aceptarlo.
¿Qué habrá que saber me falte?

CARLOS Mucho; lo que usted ignora:
que ese hombre es un miserable.

ANSELMO ¿Tal dices?

CARLOS Y lo repito,
porque si ofrecí callarme,
no fué del honor en contra,
y el honor me obliga a que hable.
Ese hombre a quien usté ofrece
venturas inacabables,
ni es quién para merecerlas,
ni de ellas está al alcance.

ANSELMO ¡Cómo!

CARLOS Felipe es casado.

ANSELMO ¿Estás loco o delirante?
Tú eres quien sueña.

CARLOS No sueño.

ANSELMO ¡El ha de ser tan infame!...
¡él iba a intentar!... ¡No es cierto!...
Dentro de mi alma no cabe
suposición tan monstruosa.
¿Será tan vil, tan cobarde,

que a mi hija...?
CARLOS Sí.
ANSELMO ¿No has mentido?
CARLOS Estoy dispuesto a probarle
la verdad de mis palabras,
en forma que no le asalten
dudas.
ANSELMO ¡Probarlo tú!... ¿Cómo?
CARLOS Arrojándole al semblante
aquí mismo, en su presencia,
la iniquidad de sus planes.
ANSELMO ¡Pobre Margarita mía!
¡Y yo he llegado a admirarle!
Basta. Si sufrí el engaño,
no consentiré el ultraje.
¡Gaspar!
CARLOS ¿Qué intenta?
ANSELMO Bien claros
están mi objeto y su alcance;
que tu acusación mantengas.
Luego... Gaspar... ¡Miserable!

ESCENA VIII

Dichos y GASPAR, por el foro.

GASPAR ¡Señor!
ANSELMO ¿Está don Felipe
aun en casa?
GASPAR Hace un instante
se encontraba paseando
en el jardín.
ANSELMO Ve a buscarle,
y dile que aquí le espero.
GASPAR Está bien. (Sale.)
ANSELMO ¡Quiso robarme,
más que la existencia, la honra!
Gracias, Carlos.
CARLOS Reportarse
es conveniente.

ANSELMO ¡ Dios mío !
No temas que me acobarde
el dolor.
GASPAR Viene en seguida.
ANSELMO Sal. Que no nos oiga nadie.
(Sale Gaspar por el foro.)

ESCENA IX

Dichos y FELIPE. Al final, MARGARITA.

FELIPE ¿Me llamaba?
ANSELMO Sí; tenía
por verle afán tan profundo,
que un siglo cada segundo
a mi anhelo parecía.
FELIPE ¿La causa?...
ANSELMO Una acusación
que contra usté ha dirigido,
alguien que me ha prevenido
de una cobarde traición.
FELIPE ¡ Acusación !
ANSELMO Y al hacerla,
y en contra de usted lanzarla,
está dispuesto a probarla.
CARLOS Y dispuesto a mantenerla.
FELIPE ¡ Cómo ! ¿Acaso usted osó
revelarle?... ¡ No es posible
desventura tan horrible !...
Usted callar me ofreció,
y yo ofenderle no quiero;
mas si a tanto se ha atrevido,
ni es noble, ni bien nacido,
ni honrado, ni caballero.
CARLOS ¡ Me insulta !
ANSELMO ¡ Basta !
(A Felipe.) Yo sé
que ha sido honrado al hablar.
Me falta ahora averiguar
un hecho. Si lo es usté.
FELIPE ¡ Don Anselmo !

ANSELMO El asegura,
y por su fe lo ha jurado,
que usté es un hombre casado.
¿Esto es verdad o impostura?

FELIPE ¿Pero es cierto o loco estoy?

ANSELMO Sólo eso me ha de decir.

FELIPE (¡Margarita!) ¿A qué mentir?
¿A qué negarlo? ¡Lo soy!

ANSELMO ¿Y de honradez hace alarde,
y ultraja a ese hombre después
de tal infamia? ¡Usted es
el canalla y el cobarde!

FELIPE ¡Don Anselmo!

ANSELMO Lo repito.

FELIPE ¡Oh, mi cerebro enloquece!

ANSELMO Sólo esos nombres merece
el que prepara un delito
y el duelo quiere sembrar
de peligros a cubierto,
en un hogar que le ha abierto
sus puertas de par en par.

FELIPE Señor...

ANSELMO Mi amistad le di;
nada le negó mi fe.
Eso hice yo por usté...
¿Qué es lo que hizo usted por mí?
Engañarme por sorpresa;
ocultar su condición;
proceder como el ladrón
en acecho de la presa
que ante sus pasos se agita;
escarnecerme, humillarme,
y mentir para robarme
el honor de Margarita.

FELIPE ¿Que yo alimenté la idea
de ser inicuo y traidor
a sabiendas? ¡Oh, señor,
no lo crea, no lo crea!
Convencerle necesito,
jamás en ello pensé;
vi a Margarita y la amé,
éste es mi único delito.

Pero al mirar que era un sueño
mi amor, traté de matarlo
y luché por ocultarlo
con decisión, con empeño,
con fiebre..., usted no podría
conmigo cruel mostrarse
si pudiera usté asomarse
al fondo del alma mía.
¿Cómo vencer la locura
de mi alma, si la aumentaban
mis ojos, que la miraban,
su nobleza, su hermosura,
y la pasión que en mi pecho
repetía sin cesar:
«Ama, ama»; porque amar
no es delito, es un derecho?
¡Oh, cuánto, cuánto sufrí!
Llegó un día y no encontré
fuerzas en mi alma y hablé...
pero quien procede así,
quien, sin hipócrita alarde,
con tesón ha combatido,
cuando cae es un vencido,
no un canalla y un cobarde.

ANSELMO Aun la compasión invoca.

FELIPE ¡La compasión!... Ni la espero,
ni la pido, ni la quiero.

CARLOS Fuera empresa torpe y loca
solicitar tal merced.
Quien a crímenes da abrigo,
sólo merece castigo
y afrenta.

FELIPE ¡Qué dice usted!
¡Usted se atreve a injuriarme!
Este hombre, este anciano puede,
mi culpa se lo concede,
escarnecerme, humillarme,
ser inflexible, severo,
cruel, y lo sufro yo...
pero de usted..., de usted no;
a usted no se lo tolero.

CARLOS Es que intento castigar
a un traidor.

FELIPE ¡También ése es
mi objeto..., pero después!
Ahora él solo debe hablar.
Hable usted, cuanto me pida
estoy dispuesto a cumplir.
Usted lo puede exigir
todo. Mi suerte decida.

ANSELMO Como ese umbral no lo pasa
nadie que no sea honrado
y usté al honor ha faltado,
le arrojo a usted de mi casa.

FELIPE ¡Y ella!...

ANSELMO Largos los instantes
son para mi afán.

FELIPE ¡Dios mío,
qué duro eres y qué impío!
Ya le obedezco. (Se dirige al foro.)

ANSELMO Pero antes
de arrojarle necesito
algo más.

FELIPE ¿Qué es lo que intenta?

ANSELMO Que ella, a quien usted afrenta,
conozca de usté el delito
y abjure de su amor ciego.

FELIPE ¡Oh, señor! ¿Qué va usté a hacer?

ANSELMO Mi derecho y mi deber.

FELIPE No, por piedad se lo ruego.
¿Usted de golpe arrojarla
a un abismo tan horrible?
No lo hará usted, no es posible.

ANSELMO ¿Por qué no?

FELIPE Porque es matarla.
(Don Anselmo se dirige hacia la derecha.)

ANSELMO Déjeme usted.
(Encaminándose a la puerta de la derecha.)

FELIPE (Poniéndose delante de él) ¡Por piedad!

ANSELMO ¡Paso!

CARLOS ¿Y teme usted así?

FELIPE ¡Es por ella, no es por mí!
¡Que no sepa la verdad;

por su ventura lo ansío
y lo pido en este instante
prosternado, suplicante!
(Aparece Margarita por la puerta lateral de la derecha.)

MARGARI. Padre..., ¿pero qué es esto?
FELIPE (Retirándose al foro.) ¡Dios mío!

ESCENA ÚLTIMA

Dichos y MARGARITA.

CARLOS ¡Ella!
MARGARI. ¡Señor!
ANSELMO ¿Ves a ese hombre?
Hace un instante cayó
a tus pies y te ofreció
su corazón y su nombre.
FELIPE ¡Calle usted!
ANSELMO Mintió al jurar
tal cosa.
MARGARI. ¡Padre!
ANSELMO Concluyo.
FELIPE ¡Basta!
ANSELMO Su nombre no es suyo
y no te lo puede dar.
MARGARI. ¿Qué dices?
ANSELMO Que no ha de hacer
lo que mintiendo te ofrece;
que su nombre pertenece
de derecho a otra mujer.
MARGARI. ¿Qué escucho? A creer no acierto
que esa frase has pronunciado.
¡El, mi Felipe, casado!...
¡Mentira, padre, no es cierto!
FELIPE ¿Qué ha hecho usté?
MARGARI. Tanta maldad
no cabe en su corazón.
¿Dime, no es una ilusión
lo que me ha dicho? (A Carlos.)
CARLOS Es verdad.

MARGARI. ¡Tú también! ¿Y qué me extraña
que tu odio esa acción intente?
¡No, Felipe es inocente!
(A Felipe.) ¡El que te acuse, me engaña!
Es mi padre, ya lo veo;
pero mi padre delira.
¡Habla tú, dí que es mentira.

FELIPE ¡Margarita!

MARGARI. ¡Dílo, sí!

FELIPE ¡Alma de mi alma!

MARGARI. ¿Y escondes
el rostro? ¿No me respondes?
¿Conque es verdad?
(Cae desmayada en el diván.) ¡Ay de mí!

CARLOS ¡Margarita!

ANSELMO ¡Hija!

FELIPE ¡Ella!

ANSELMO ¡Atrás!
¡Salga, que la ira me abrasa,
salga pronto de esta casa
que no ha de pisar jamás!

FELIPE ¡Y su tormento he de ver
sin consolar su agonía!

ANSELMO ¡Pronto!

FELIPE (¡Sufre, y siendo mía
no la puedo socorrer!
¡Arrojarme!... Se detiene
en tal punto y nada intenta,
y con eso se contenta.)

ANSELMO ¡Salga!

FELIPE ¡Más castigo tiene
la infamia que cometí!
¡Yo quise robar su honor!...
¡Máteme usté..., es lo mejor
que puede usté hacer por mí!

TELÓN RÁPIDO

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

El teatro representa un gabinete en casa de don Felipe, lujoso y severamente decorado. Puerta al foro. Una ventana en el lateral derecha y una puerta en la izquierda. A la derecha, una mesa de despacho, sobre la cual habrá libros y papeles. En primer término, y también a la derecha, un diván; delante de la mesa, un sillón, en el cual está sentado Felipe al comenzar el acto.

ESCENA PRIMERA

FELIPE y JOSÉ.

JOSÉ — En menos de dos minutos
crucé el camino que media
de nuestra casa a la casa
de don Anselmo; llegué a ésta,
y, sin ser visto de nadie,
que usted encargó reserva,
vi a Rosa, le di la carta
y vine.

FELIPE — ¿Cómo se encuentra
Margarita? ¿Hablaste a Rosa?
¿Qué dijo?

JOSÉ — Que tras la escena
que dió motivo al disgusto
y que a explicarse no llega
quedó en silencio la sala;
inmóvil como una muerta,

la señorita ; su padre,
lleno de angustia y de pena ;
don Carlos, más que furioso
contra lo que usted hiciera,
y, de puro sobresalto,
Rosa convertida en piedra,
sin saber lo que pasaba
ni donde acudir ; que, en fuerza
de cuidados y de tiempo,
alzó sus pestañas negras
la señorita, mostrando
un color y unas ojeras
y una mirada y un gesto
que daba compasión verla.

FELIPE ¿Y después?

JOSÉ Hacia su cuarto
fuése cada cual. Apenas
se cerraron, vino el cura,
estuvo como hora y media
hablando a la señorita,
y éste es el punto y la fecha
en que, después de una noche
en que no había una estrella
en el cielo, y en la casa
uno solo que durmiera,
de una mañana muy triste
y una comida muy seria,
si es comer estar sentado
sin comer junto a la mesa,
está todo como estaba
sin ninguna diferencia.

FELIPE ¡Pobre Margarita mía,
qué horas de dolor le esperan!
¿Y mi carta? ¿La entregaste?

JOSÉ Rosa se quedó con ella,
mientras yo, por no ser visto,
daba hacia casa la vuelta.

FELIPE Bien está. Déjame. (Se marcha José.)

ESCENA II

FELIPE; luego, JOSÉ, con una bandeja en la mano; al final, CARLOS.

FELIPE ¡Todas
mis esperanzas por tierra!
¿Y he de abandonarla? ¡Nunca!
Sería cobarde... Sepa
por mi carta mi desdicha
y de mi suerte resuelva.
JOSÉ ¡Señorito! (Entra.)
FELIPE ¿Tú? ¿Qué quieres?
JOSÉ Tome usted. (Le da una tarjeta.)
FELIPE ¡Una tarjeta!
¡Carlos aquí!
JOSÉ Ya le he dicho
que usted acaso no pueda
recibirlo..., pero insiste,
y sus órdenes espera.
FELIPE ¡Qué me extraña! Me aborrece,
es muy natural que venga.
Díle que pase.
(José se dirige al foro y entra seguido de Carlos.)
CARLOS Sin duda
le sorprende mi presencia.
FELIPE No, señor.
JOSÉ ¿Manda algo?
FELIPE Vete. (Sale José.)

ESCENA III

FELIPE y CARLOS.

FELIPE Ni recelo ni sorpresa,
ya lo ve usted.
CARLOS De ese modo
resulta fácil tarea
lo que al buscarle me impuse.
FELIPE Es un lance lo que intenta,
¿verdad?

CARLOS Sí; quise escribirle;
pero imaginando que estas
cuestiones más fácilmente
que con escrituras necias
o dilatorias, sin trámites
y cara a cara se arreglan,
pensé en venir a su encuentro
y aquí estoy.

FELIPE Enhorabuena.
Que yo le ahorrara el camino
como pronto no viniera.

CARLOS Si en eso estamos conformes,
poco que decir me resta.
Usted, cuando yo cumplía
deberes de mi conciencia,
me insultó; usté ha pretendido
con asechanzas rastreras
robar la dicha a un anciano
y el honor a una doncella.
Estos dos seres que sufren,
que mi propia sangre llevan,
son dignos de mi respeto
y hago mías sus afrentas.
Esto es lo que a usted me trae,
ésta la razón suprema
de mi conducta.

FELIPE No; hay otra.

CARLOS ¿Que hay otra?

FELIPE Quien valor muestra,
debe tener el más grande:
el valor de la franqueza.

CARLOS ¿Y a mí me falta?

FELIPE Sin duda,
porque su furor alientan
no la honra, no los insultos
que mi labio profiriera,
y que hoy, lo mismo que entonces,
mantengo en toda su fuerza,
sino el amor insensato
que a Margarita profesa.

CARLOS ¿Qué dice usted?

FELIPE Que usted la ama,
que ella su pasión desprecia
y a la mía corresponde;
que los celos le atormentan,
y que mi amor le da envidia,
y le enfurece y le inquieta.
Esta es la causa; conviene
decir la verdad entera.

CARLOS No lo niego; pero aun siendo
sus suposiciones ciertas,
¿qué valen para este asunto?
Sea la causa cual sea,
no importa si usted no busca
pretextos.

FELIPE ¿Quién, yo? No tema
que por evitar un lance
me disculpe o me arrepienta.
Para morir y dar muerte
siempre dispuesto se encuentra
el que odia con toda su alma
y el que la vida desdeña.
Yo odio a usted, porque ha deshecho
mis ilusiones más bellas,
porque mató mi ventura...,
ventura insensata, incierta,
pero ventura... Por eso
odio a usted. En lo que respecta
a la vida, ¿qué es mi vida
para que yo la proteja,
si acaso la muerte es la única
esperanza que me resta?

CARLOS ¿En alarde generoso
me vende usted la fineza
de su vida? ¿Quiere darla?

FELIPE No; trato de defenderla,
porque aun Margarita existe;
aun puedo calmar sus penas,
aun no lo he perdido todo;
y mientras esto suceda
defenderé palmo a palmo
su cariño y mi existencia.

CARLOS ¿Qué ha dicho usted? ¿Que pretende

su cariño?

FELIPE Pues qué, ¿piensa
que iba a abandonarlo?... Este hombre
está demente...

CARLOS ¡Bien sienta
ese afán en un infame
burlador de honras ajenas,
que ni honor tiene en el pecho
ni virtud en la conciencia!

FELIPE ¡Cómo! (Avanzando hacia Carlos.)

CARLOS Lo repito.

FELIPE ¡Calle,
calle usted! La mejor prueba
de mi honor se la estoy dando
con no arrancarle la lengua.

CARLOS ¡Pruebe!

FELIPE Está usted en mi casa
y el respeto me lo veda.

CARLOS ¡Respeto!... Es verdad, perdone
mi arrebato y mi imprudencia;
perdónelo, y terminemos
de una vez... Nuestras ofensas
son grandes; la muerte sólo
las dirime y las remedia.
Esta es la cuestión precisa.
Yo le reto; ¿usted acepta?

FELIPE Sin dudar. ¡No he de aceptarlo!

CARLOS ¿Y cuándo?

FELIPE Cuando usted quiera.

CARLOS Dentro de un hora. Bastante
luz en el espacio queda
para buscar dos espadas,
testigos y una desierta
planicie donde nuestro odio
lugar y término tenga.

FELIPE ¿Aquí en este pueblo? ¡Nunca!

CARLOS ¿Por qué?

FELIPE Deshonrarla fuera;
que este lance, comentado
por la turba vocinglera
que hace del honor juguete
y de la calumnia fiesta

sobre su fama caería
como un padrón de vergüenza.
Viviendo yo, contra todos
tengo brío y tengo fuerza;
mas si en el lance sucumbo
desamparada se queda,
y no es justo que nosotros
demos pábulo a su afrenta.
Esto evitar nos precisa.

CARLOS ¿Y cómo?

FELIPE Poniendo tregua
al furor que nos combate
y ultimando la contienda
en sitio donde ninguno
saber ni imaginar pueda
el móvil que nos impulsa
y el objeto que nos lleva.

CARLOS Conformes. Ya sólo falta
que encontremos la manera
de arreglarlo.

FELIPE En ese punto,
que su discreción resuelva.

ESCENA IV

Dichos y JOSÉ; detrás, EL PADRE ANDRÉS.

JOSÉ ¿Don Felipe? El padre Andrés.

CARLOS Él viene...

FELIPE Nadie hay que impida
lo pactado; usted decida
y avísemelo después.

ANDRÉS Señores... (¡Carlos aquí!)

CARLOS Adiós.

FELIPE ¿Qué razón le asiste
para verme?

ANDRÉS ¿A qué viniste
y por qué te encuentro aquí? (A Carlos.)

CARLOS ¿A qué vine?... A castigar

ANDRÉS Mal hace quien por fin tiene
la venganza.

CARLOS ¿Usté a qué viene?
ANDRÉS Yo, a sufrir y a perdonar.

(Sale Carlos por el foro y el padre Andrés se dirige al primer término, donde está Felipe.)

ESCENA V

FELIPE y EL PADRE ANDRÉS.

FELIPE ¿Usted en mi casa?
ANDRÉS ¡Yo!
FELIPE Después de lo sucedido
nunca hubiera presumido
que viniese.
ANDRÉS ¿Por qué no?
FELIPE Padre Andrés...
ANDRÉS Vengo a buscarle
porque mi deber lo ordena;
porque me aflige su pena;
porque quiero suplicarle
en favor de una mujer,
para quien piedad reclamo.
FELIPE Si con toda mi alma la amo,
¿qué daño le puedo hacer?
El que le hice fué a despecho
de mi voluntad. Lo quiso
la suerte, que de improviso
metió su amor en mi pecho,
labrando mi desventura
y forjando su agonía;
pero en mí no hubo falsía
ni asechanza.
ANDRÉS Fué locura
criminal.
FELIPE Locura acaso;
crimen no lo pudo ser.
ANDRÉS Quien deshonra a una mujer
inocente que a su paso
confiada se le presenta;
quien, por un lascivo empeño,
se hace de esa mujer dueño,

y la envilece y la afrenta
y no doma su apetito,
ante el pudor es culpable.

FELIPE Señor cura...

ANDRÉS Y responsable
de traición y de delito.
Su culpa en mí halla merced;
pero me arredra y me espanta.

FELIPE ¡Mi culpa!

ANDRÉS ¡Es grande!

FELIPE No es tanta
como lo imagina usted.
Si mi pasado supiera...

ANDRÉS Lo sé.

FELIPE ¿Conoce mi vida,
y siéndole conocida
me habla usted de esa manera?
Mi nombre fué deshonrado
por una infame; yo, en precio
de su perjurio, al desprecio
y al odio la he condenado.
Mi alma en libertad quedó.

ANDRÉS No es cierto.

FELIPE Es cierto; porque ama
el hombre honrado a la dama,
a la cortesana, no.

ANDRÉS La ley de usted ha exigido...

FELIPE ¿Qué exigió? Un tormento horrible.

ANDRÉS Un deber.

FELIPE Un imposible;
por eso no la he cumplido.
La ley me quitó el derecho
de templar mis desventuras
en ansias dulces y puras,
pero no arrancó a mi pecho,
no posee tal virtud,
lo que en él quiso poner
Dios, la esencia de mi ser,
el brío, la juventud,
la sangre, que se acumula
en hirvientes oleadas
sobre las venas hinchadas

por donde bulle y circula;
los músculos, que a la vida
firmeza y poder ofrecen;
los nervios, que se estremecen
con varonil sacudida;
y el alma, que al desclavarse
de la inmensidad del cielo,
busca con honrado anhelo
otra alma a quien enlazarse.

ANDRÉS Basta.

FELIPE El social entredicho
no tuvo tanta firmeza,
porque la naturaleza
no se doblega a capricho.
Ella al amor me inducía
y tuve que obedecer.

ANDRÉS ¿Deshonrando a una mujer?

FELIPE Amando como debía
amar: a quien conociese
lo que vale una pasión,
y al darme su corazón
toda su vida me diese...
Pues qué, ¿iba yo a sujetar
mi sangre, viva e inquieta,
al tormento del asceta
o al amor del lupanar?
No, padre, imposible; no...

(Ademán de interrupción en el padre Andrés.)

Imposible para mí.
¡Ni para asceta nací,
ni en el vicio me hundo yo!

ANDRÉS ¡Torpe excusa! Su delirio
podrá en parte disculpar
el hecho, no terminar
con el horrible martirio
de esa infeliz criatura,
que sus dichas le ha entregado
y a quien usté ha deshonrado.

FELIPE Dar alivio a su amargura
es lo que mi anhelo ansía;
si no lo hallo, lo aseguro

y por mi honor se lo juro,
no será la culpa mía.

ANDRÉS ¿Qué dice usted?

FELIPE La verdad.
¿Es cierto que he delinquido?
Pues bien, consejo le pido.
No busco la impunidad.
Yo le ofrezco a Margarita,
por su perdida inocencia,
mi porvenir, mi existencia...,
más aún si más necesita;
lo que mande, lo que intente;
ser suyo, estar a su lado,
vivir a ella consagrado
mientras que mi pecho aliente;
no abandonarla jamás...
De ella son, si las reclama,
mi fe, mi sangre, mi fama;
no puedo ofrecerle más.
¿Qué más debo hacer, señor,
qué?

ANDRÉS Nada, y nada resuelve;
ni así la dicha le vuelve
ni así repara su honor.

FELIPE ¿Lo hecho ya no puede hallar
ningún remedio? ¿Ninguno?

ANDRÉS Remedio, tal vez, hay uno,
y de eso le vengo a hablar.

FELIPE ¿Que lo hay? ¡De encontrarlo trato;
esa es mi constante idea!
Dígalo; sea cual sea,
yo lo admito y yo lo acato.
Hable usted.

ANDRÉS Ningún consuelo
pueden al mundo exigir.

FELIPE ¿Qué hacer entonces?

ANDRÉS Sufrir
con la esperanza en el cielo.
Olvidar esa pasión,
ese insensato delirio;
conseguir por el martirio
el olvido y el perdón;

dejar en la sombra caer
lazos que el tiempo desliga...

FELIPE No siga, padre, no siga,
porque eso no puede ser.

ANDRÉS ¿Mis ruegos rechaza?

FELIPE Sí.
¡Cómo la he de abadonar!
Hacerlo fuera aumentar
la infamia que cometí.
Pues qué, ¿debo yo decirla:
nuestra pasión fué locura;
sufre sola tu amargura
porque no puedo impedirla,
porque te abandono? No.
De mí esa acción no reclame,
porque eso sería infame,
porque eso no lo hago yo.

ANDRÉS ¡Qué honda y qué terrible huella
la del mal! ¡Siempre persiste!
¡También usted se resiste!

FELIPE ¿Acaso se resistió ella?
¡Dígalo usted, por piedad!

ANDRÉS Ella se resiste y lucha,
y mis súplicas escucha
en su triste ceguedad
y en su cruel arrebato
que lo imposible reclama.

FELIPE ¿Conque es verdad? ¿Conque me ama?

ANDRÉS ¡Qué dice usted, insensato!

FELIPE ¡No ha de amarme! Era preciso.

ANDRÉS Yo venceré su dolor
y haré que olvide este amor
con que Dios probarla quiso.

FELIPE ¡Olvidarlo!

ANDRÉS De eso trata
mi razón, y eso he venido
a pedirle.

FELIPE ¿Usté ha creído
que así un afecto se mata,
que así muere una pasión,
que así el alma se desvía?
No, padre; tanto valdría

arrancarse el corazón.
Es más aún.

ANDRÉS — Pues pido más
a su criminal locura.

FELIPE — Bien se advierte, señor cura,
que usted no ha amado jamás.

ANDRÉS — ¡Basta! Escucharle no puedo;
pero su bien me interesa
y no cederé en la empresa.

FELIPE — ¡Es que yo tampoco cedo!

ANDRÉS — ¡Adiós!
(Felipe toca el timbre y entra José por el foro con una lámpara encendida, que deja encima de la mesa; luego se retira.)
Por última vez
que la olvide le aconsejo.
A solas con Dios le dejo;
sea Él su guía y su juez.
Él deshaga y Él impida
la desdicha de los dos.

FELIPE — A solas quedo con Dios;
que Él disponga y que Él decida.
(Sale el padre Andrés por el foro.)

ESCENA VI

FELIPE, solo.

¡Que me ama, que piensa en mí!
¡Que lucha, que se resiste!
¡Que padece! ¿Y aun insiste
en que me aleje de aquí
ese hombre? ¿Yo abandonarla?
¿Yo cometer tal flaqueza?
¿Yo, sumida en su tristeza
y en su tormento, dejarla?
El olvido... ¡Proceder
como el que roba y se esconde!
¡Y ese anciano me responde
que así cumplo mi deber!
¿Puedo abandonarla yo

tras de burlar su inocencia?
¡ Nunca ! Jamás. Mi conciencia
me está gritando que no.
Ella mis juicios inspira ;
mi deber no es olvidarla :
es amarla, es consolarla ;
lo demás todo es mentira.
¿Nos unió la adversidad
o el amor? ¿Juntos nos vemos?
Pues juntos seguir debemos ;
esta es la sola verdad
que se ofrece al alma mía.
¡ Me uno a ella, afirmo estos lazos,
y al menos tendrá mis brazos
para templar su agonía !
En esto mi ambición fundo
y alcanzarlo intentaré.
Si hay que luchar, lucharé
solo contra todo el mundo.
¿Él mi existencia ha deshecho?
¿Él a sufrir me condena?
Pues bien, rompo la cadena
y me libro... Es mi derecho.
No dudo. ¿Por qué arredrarme?
Voy de su ventura en pos...
Luego... que me juzgue Dios,
que es quien tiene que juzgarme.

(Felipe se dirige hacia la mesa, toma asiento en el sillón y se dispone a escribir una carta. En este momento aparece José por la puerta del fondo.)

ESCENA VII

FELIPE, JOSÉ y MARGARITA, por el foro

JOSÉ — ¡ Señor ! (A hablarle no acierto.)
Señorito...

FELIPE — ¿Qué? ¿Dirás
por qué entras? ¿Acabarás?

JOSÉ — Pues que llamaron..., he abierto,
entraron, y están allí. (Señalando al foro.)

FELIPE ¿Quién?
JOSÉ Rosa y la señorita.
FELIPE ¡Cómo!
JOSÉ Doña Margarita
dice que ha de entrar aquí.
FELIPE ¡Qué escucho! ¿Soñando estoy?
¡Ella aquí!
(Se dirige hacia el foro y aparece en él Margarita.)
¿Pero es verdad
tamaña felicidad?
¡Margarita!
MARGARI. ¡Sí; yo soy!
(Felipe cierra la puerta del foro.)

ESCENA VIII

MARGARITA y FELIPE. Al final, ANSELMO, dentro.

MARGARI. Qué, ¿te extraña? A verte vengo,
porque mi angustia lo ansía.
¿Quién detenerme podría?
¡Mi honor! ¿Acaso lo tengo,
Felipe? Mi honor te di;
era el mejor de mis bienes.
FELIPE ¡Margarita!...
MARGARI. Tú lo tienes
y por eso estoy aquí.
Dejé en secreto mi hogar
porque verte deseaba,
porque la fiebre me ahogaba,
porque me aturde el pesar,
porque deseo escucharte...
¿Falto? ¿Cometo un delito?
No lo sé, no necesito
conocerlo. Interrogarte
es lo que mi angustia quiere...
Felipe, ¿qué vas a hacer
con esta pobre mujer
que está sola y que se muere?
FELIPE ¿Qué haré? ¿Y puedes ignorarlo?
¿No lo aciertas, Margarita?

¿Tu corazón necesita
de mis labios escucharlo?
¿Qué voy a hacer yo por ti?
¿Lo ignoras? ¿No lo conoces?
¿No lo está diciendo a voces
el amor que existe aquí?
¿Qué? Adorarte con delirio,
con infinita pasión
y lograr tu salvación
o seguirte en el martirio.
De mí no debes dudar.
Si en mi vida consistiera,
daría la vida entera
por salvarte, por borrar
el llanto que en tu faz brilla
y que al rodar se evapora
con la fiebre abrasadora
de tu encendida mejilla.
No llores... Cese el temor.
Por ti lo intento yo todo.
Si pensaste de otro modo
no conocías mi amor.
Con recelo a mí no acudas.
Tú mi existencia posees.

MARGARI. ¡Felipe!

FELIPE Dí que me crees.
Dí que de mi amor no dudas.

MARGARI. Por infame te juzgué;
pero tu carta leí,
tus desgracias conocí...

FELIPE Y entonces...

MARGARI. Ya no dudé.
¡Dudar! ¿Cómo lo has creído?
Yo no dudo. . Si dudara,
ni como he hablado hablara
ni a verte hubiera venido.

FELIPE Gracias.

MARGARI. Culparte no quiero,
porque tú no eres culpado:
eres sólo desgraciado;
pero pregunto y espero
que tú la respuesta des

a mi ansiedad. Si sufrimos,
si criminales no fuímos,
si grande nuestro amor es,
¿por. qué la angustia nos mata?
¿Por qué ha de oponerse Dios
a la dicha de los dos?
¿Por qué el mundo nos maltrata?

FELIPE ¡Bien mío!

MARGARI. ¿Por qué nos niega
un medio para salvarnos?
¿Por qué, en vez de perdonarnos,
al desprecio nos entrega?
Si nuestro amor es profundo
y noble, ¿debe morir?
¿Necesito yo vivir
ocultando a todo el mundo
las desventuras de mi honra?
¿Perdí por siempre la dicha?
¿Es perenne mi desdicha?
¿Será eterna mi deshonra?
No, no lo puedo creer.
Yo necesito escucharte,
y ser honrada y amarte...
¿Qué hacer, Felipe, qué hacer?

FELIPE ¿Qué? Si tu fe lo consiente,
si no te arredra el camino,
combatir con el destino
y arrostrarlo frente a frente.
No me importa la condena
social ni el social rencor;
lo que me importa es tu amor.

MARGARI. ¡Felipe!

FELIPE En tu horrible pena
los ojos hacia mí vuelves
¿y a tu mal pides remedio?
Pues bien, yo te ofrezco un medio
si a aceptarlo te resuelves.
En esta lucha espantosa
no temo. ¿Por qué temer?
Aun te puedo proteger,
aun puedo hacerte dichosa.

MARGARI. ¿Dichosa?
FELIPE Sí.
MARGARI. Necesita
para ser dichosa mi alma,
de honra, de amor y de calma.
FELIPE Escúchame, Margarita:
no es la pasión criminal
la que mis actos provoca;
amor es que en culto toca,
noble, sincero, leal.
Él nuestra existencia liga;
en nombre de él quiero hablarte
y en nombre suyo salvarte;
no me importa lo que diga
la mundana sociedad.
Mi desprecio por el mundo
es tan grande y tan profundo
como lo fué su impiedad.
¿Que sus consecuencias huello?
¿Que a todas sus leyes falto?
¿Que sus costumbres asalto?
¿Y qué? Por todo atropello.
¿Detenerme en el camino
cuando mi defensa imploras,
cuando sufres, cuando lloras?
¡No; ni me arredra el destino
ni más puedo resistir,
ni otro es mi deber! Contesta.
¿A seguirme estás dispuesta?
MARGARI. ¿Qué intentas?
FELIPE Huir.
MARGARI. ¡Huir!...
El oprobio, el deshonor
me ofreces.
FELIPE ¿Y qué ofrecerte?
¿Nos da otra cosa la suerte?
¿Pide otra cosa tu amor?
MARGARI. ¡El desprecio! ¡La vergüenza!
FELIPE Ni por liviandad lo hacemos
ni otro recurso tenemos.
MARGARI. ¡Felipe!

FELIPE Que tu amor venza
el recelo y el espanto.

MARGARI. ¡Calla!

FELIPE ¡Yo sabré buscar
un ignorado lugar
donde amarte. ¡Y a qué tanto
ocultarlo! Aun cuando pueda
saberse nuestra pasión,
¿qué importa? Ya es ocasión
de que haya alguien que no ceda
y que su razón ostente
y mantenga su derecho
con el valor en el pecho
y la altivez en la frente.

MARGARI. ¡Calla, por piedad!

FELIPE Concluyo:
a defenderte me obligo.
De mi amor nada te digo
porque ya sabes que es tuyo.

MARGARI. Juntos por siempre en la vida.

FELIPE Eso te dije.

MARGARI. Verdad.
Eso es la felicidad... (Pausa.)
Felipe..., ¿y mi padre? ¡Horrible
pensamiento! Si él supiera
mi deshonra, ¿qué dijera?
¡No, Felipe, es imposible!

FELIPE ¿Qué dices?

MARGARI. Calla, no sigas;
no me quieras imponer
lo que yo no puedo hacer.
Nada intentes, nada digas.

FELIPE ¿Vas a oponerte? ¿Tan poca
es tu fe?... ¿Te niegas?

MARGARI. Sí.

FELIPE ¿Temes?

MARGARI. Temo, y no es por mí.
En lo que a mi dicha toca
no temo. Lo que exigieras
de mí con gusto aceptara:
mi vida..., todo... Bastara
con que tú me lo pidieras.

Pero hay un hombre a quien debo
respeto, amor, y es ese hombre
mi padre; llevo su nombre,
y a ultrajarlo no me atrevo.

FELIPE ¿Tal dices?

MARGARI. ¡Yo deshonrarle
más que lo he hecho! ¿Qué sería
de mi padre? Moriría,
y yo no puedo matarle.

FELIPE ¿A tu padre seguirás?

MARGARI. Eso espero y eso ansío.

FELIPE ¡Dejarme! Te desafío
a hacerlo. (Con desesperación y energía.)

MARGARI. Oye.

FELIPE ¡No lo harás!
Yo también puedo exigir
lo que en su favor abonas.
Pues qué, ¿si tu me abandonas
crees que voy yo a vivir?

MARGARI. ¡Felipe!

FELIPE ¡Tratarme así!

ANSELMO ¡Basta! (Dentro.)

FELIPE ¡Ese acento!

JOSÉ (Dentro.) ¡Señor!

ANSELMO No exasperes mi furor.
¡Paso! (Dentro.)

MARGARI. ¡Mi padre!

FELIPE ¡Él aquí!

ANSELMO No hagas que por fuerza exija... (Dentro.)

FELIPE Huye; aplacarle confío.
No temas.

(Se abre de par en par la puerta del foro y aparece en ella don Anselmo.)

ESCENA IX

Dichos y DON ANSELMO.

ANSELMO Por fin.

MARGARI. ¡Dios mío!

FELIPE Ya es tarde.

ANSELMO ¿Dónde está mi hija?
FELIPE Don Anselmo...
ANSELMO ¡A qué fingir!
Ella de su casa huyó;
la que a tanto se atrevió
sólo aquí puede venir
y sólo aquí pudo estar.
FELIPE ¡Señor!
ANSELMO Ojalá mintieran
mis ojos y no te vieran
donde te vienen a hallar.
MARGARI. ¡Padre mío!
ANSELMO ¡Así me llamas!
FELIPE ¡Qué terrible sufrimiento!
ANSELMO ¿Cuando causas mi tormento,
cuando mi honradez infamas,
padre a llamarme te atreves?
¡Calla! Ni tú me has amado
ni ese nombre has respetado,
ni aquí proferirlo debes.
FELIPE ¡Don Anselmo, óigame usted!
ANSELMO ¡Oirle! Pero ¿está loco?
¿Tiene mi amor en tan poco
que me ruega?
FELIPE Por merced
lo pido.
ANSELMO ¡Basta!
MARGARI. ¡Me abrasa
el rubor!
ANSELMO ¡Oirle! ¿Ignora
que el afán que me devora
está en salir de esta casa,
donde mi honor se atropella,
donde su fama padece
y su nombre se envilece?
Quiero salir pronto, que ella
es mi hija, aun siendo culpable;
por esto mi odio contengo,
por esto no me detengo
a aplastar a un miserable. (A Margarita.)
¡Vamos! ¡Y tú has pretendido
deshonrarme, envilecerte!

No comprendo cómo al verte
mi furor he contenido.
¡ Mi honra en olvido ponerla !
¡ Infame !
(Amenazando a Margarita. Felipe se interpone entre los dos.)

FELIPE — No lo consiento.
MARGARI. — ¡ Felipe !
ANSELMO — ¿Cuál es su intento?
FELIPE — ¿No lo ve usted? Defenderla.
Usté es su padre ; merece
mi respeto, está escudado
por ese nombre sagrado
que ante el dolor se engrandece.
De mí lo que usted decida,
lo que mande su furor.
¿Desea mi honor? Mi honor.
¿Quiere mi vida? Mi vida.
Pero si osa usted llegar
hasta ella, que es el objeto
de mi amor, no le respeto,
no le puedo respetar.
ANSELMO — ¡ Cobarde !
(Margarita se levanta del sofá y acude al lado de su padre.)

MARGARI. — Lo que dispongas
haré ; mi deber lo ordena.
Es mi padre quien condena
y castiga... No te opongas.
(Felipe se retira a un extremo de la habitación en actitud desesperada.)

ANSELMO — ¡ Salgamos pronto !
(Cogiendo a su hija por la mano.)

MARGARI. — Salgamos.
Lo que mandes cumpliré.
Ya no me resisto.
(Don Anselmo se dirige al segundo término. Margarita le sigue.)

FELIPE — ¡ Qué !
MARGARI. — ¡ Adiós para siempre !
ANSELMO — Vamos.
FELIPE — ¡ Y va de su padre en pos !

¿Pero el alma no te grita
que me muero, Margarita?
(Margarita se detiene, luego vacila y se encamina al foro, donde está don Anselmo.)

MARGARI. ¡Adiós para siempre!...

FELIPE ¡Adiós!
¿Huyes?... Yo sabré encontrar
remedio contra mi suerte.

MARGARI. ¡Felipe!

FELIPE Tengo la muerte,
y ésa no me ha de faltar.

MARGARI. ¿Qué?... ¡Morir tú!... ¡No es posible!
(Dirigiéndose hacia Felipe. Don Anselmo avanza después.)

ANSELMO ¿Qué haces?

MARGARI. ¿No ves su martirio?

FELIPE ¡Oh!

MARGARI. Perdona mi delirio.
¡Morir tú sería horrible!
¡No es posible que concluya
así nuestro amor!... ¡Dejarte!
Yo no puedo abandonarte,
porque te adoro y soy tuya.

ANSELM! ¡Tú suya! ¡Al oirlo no acierto!

MARGARI. ¡Qué hice!
(Con angustia y ocultando el rostro entre las manos.)

ANSELMO ¿Y el rostro recatas?
¿De disculparte no tratas?

FELIPE ¡Piedad, señor!

ANSELMO ¿Conque es cierto?
¿Conque usted burló su fe?
¿Conque, no hay esperanza?
¡Sí, la tiene: la venganza!
¡Miserable!
(Dirigiéndose a Felipe, irritado y resuelto.)

FELIPE ¡Señor!

MARGARI. ¡Qué!

ANSELMO ¡La deshonra no se evita,
pero se paga la afrenta!

FELIPE Estoy dispuesto.

MARGARI. ¿Qué intenta?
¡Nunca!

(Don Anselmo ha sacado un revólver y apunta a Felipe; Margarita se interpone y recibe el balazo.)

¡ Jesús ! (Cae.)

FELIPE ¡ Margarita !

ANSELMO ¡ Cómo ! ¡ Yo enloquezco !

FELIPE ¡ Impío !

ANSELMO (Arrodillándose junto al cadáver de Margarita.)
¡ Tanta desventura es cierta !
¡ Hija mía !

FELIPE ¡ Muerta !

ANSELMO ¡ Muerta !
¡ Y muerta por mí ! ¡ Angel mío !

ESCENA FINAL

Dichos y EL PADRE ANDRÉS.

ANDRÉS ¿ Qué es esto? ¡ Ella !...

FELIPE ¿ No la ve?
Ya no existe... ¡ La ha matado
y con vida me ha dejado !...
Pero a tiempo llega usté...
Su misión tiene un motivo.

ANDRÉS ¿ Un motivo?

FELIPE ¿ No lo acierta?
¡ Pues enterrar a esa muerta
y maldecir a este vivo !

TELÓN

FIN DEL DRAMA

Obras publicadas por TEATRO MUNDIAL

1. LA PRINCESA DEL DOLLAR. — Bruno Güell.
2. LA OLA GIGANTE. — José Fola Igúrbide.
3. EL SEÑOR CONDE DE LUXEMBURGO. — José Zaldívar.
4. LA CAPTURA DE RAFFLES O EL TRIUNFO DE SHERLOCK HOLMES. — Luis Millá y Guillermo X. Roure.
5 EL SOL DE LA HUMANIDAD. — José Fola Igúrbide.
6. ZAZÁ. — C. Costa y J. M.ª Jordá.
7. MUJERES VIENESAS. — Pablo Parellada (Melitón González).
8. HAMLET. — Pompeyo Gener.
9. GIORDANO BRUNO. — José Fola Igúrbide.
10. EL NIDO AJENO. — Jacinto Benavente.
11. EL REY. — Enrique Henríquez.
12 PRISIONERO DE ESTADO, O LA CORTE DE LUIS XIV. — A. Mundet Alvarez y José M.ª Pous.
13. FANTINA, O LOS MISERABLES. — A. Mundet Alvarez.
14. LA LADRONA DE NIÑOS. — Francisco Tressols.
15. LOS DIOSES DE LA MENTIRA. — José Fola Igúrbide.
16. CRISTO CONTRA MAHOMA. — José Fola Igúrbide.
17. JUVENTUD DE PRÍNCIPE. — C. Costa y José M.ª Jordá.
18 JUAN JOSÉ. — Joaquín Dicenta.
19. LA SOCIEDAD IDEAL. — José Fola Igúrbide.
20. LA CIZAÑA. — Manuel Linares Rivas.
21 ENTRE RUINAS. — R. Campmany y G. Giralt.
22. LA VIDA ES SUEÑO. — Refundición de Luis Millá.
23. SABOTAGE. — Enrique Arroyo y Carlos Dotesio.
PASA LA RONDA. — Francisco Llano.
24. MAGDA. — Carlos Costa y José M.ª Jordá.
25. EL PAPÁ DEL REGIMIENTO. — Felipe Pérez Capo.
26. EL ALCALDE DE ZALAMEA. — Refundición de Magnolio Juárez.
27. LOS DOS PILLETES. — Juan B. Enseñat.
28 DON JUAN DE SERRALLONGA. — Víctor Balaguer.
29 EL REY LEAR. — Juan B. Enseñat.
30. ESPECTROS. — A. Mundet Alvarez.
31. LAS CIGARRAS HORMIGAS. — Jacinto Benavente.
32. EL REGISTRO DE LA POLICÍA. — Eduardo Vidal y Valenciano.
33. EL VERGONZOSO EN PALACIO. — Refundición de L. Suñer Casademunt.
34. LA FUERZA DE LA CONCIENCIA. — Joaquín García Parreño.
35. AURORA. — Joaquín Dicenta.
36. EVA. — G. Jover y J. Zaldívar.
37 EL BUFÓN. — Joaquín Dicenta (hijo).
38 EL CUCHILLO DE PLATA. — E. Vidal y Valenciano y J. Roca y Roca.
39. NICK CARTER. — Enrique Henríquez.
40 LA CENA DE LOS CARDENALES. — Francisco Villaespesa.
¡JUSTICIA HUMANA! — José Pablo Rivas.

41. EL SEÑOR FEUDAL. — Joaquín Dicenta.
42. EL VERANILLO DE SAN MARTÍN. — Ramón de Saavedra.
43. EL DESDÉN CON EL DESDÉN. — Luis Suñer Casademunt.
44. AMOR DE AMAR. — Jacinto Benavente.
CUENTO INMORAL. — Jacinto Benavente.
45. LA DAMA DE LAS CAMELIAS. — Magnolio Juárez.
46. LA DOMADORA DE LEONES. — José Fola Igúrbide.
47. EL CAPITÁN CAJERO, O LOS DOS SARGENTOS FRANCESES. — Luis Millá.
48. EL MÍSTICO. — Joaquín Dicenta.
49. GARCÍA DEL CASTAÑAR, O DEL REY ABAJO NINGUNO. — José Vico.
50. LA FIERECILLA DOMADA. — J. M.ª Jordá y Luis de Zulueta.
51. EL HONOR. — Luis Recoll.
52. EL SÍ DE LAS NIÑAS. — Leandro Fernández de Moratín.
53. MARÍA ANTONIETA. — J. C. y E. V. V.
54 LA VIUDA ALEGRE. — A. Roger Junoi.
55. EL ABATE FARIA Y EDMUNDO DANTÉS, O EL CONDE DE MONTECRISTO. — José Nieto y J. Guardia.
56. OTELO. — Ambrosio Carrión y José M.ª Jordá
57. EL BARBERO DE SEVILLA. — A. Mundet Alvarez.
58. DANIEL. — Joaquín Dicenta.
59. PECADO DE JUVENTUD. — José Artis.
60. NADIE MÁS FUERTE QUE SHERLOCK HOLMES. — Luis Millá y Guillermo X. Roure.
61. LA MUERTE CIVIL. — Salvador Suñer.
62. LA APUESTA DE DON JUAN TENORIO. — Magnolio Juárez.
63. SOR TERESA, O EL CLAUSTRO Y EL MUNDO. — Eduardo Vidal y Valenciano.
64. LA NIÑA BOBA, O BUEN MAESTRO ES AMOR. — Refundida por Luis Suñer Casademunt.
65 EL PAN DE PIEDRA (EL CARBÓN). — José Fola Igúrbide.
66. ROMEO Y JULIETA. — J. Roviralta Borrell.
67 LOS REYES ANTE LA INQUISICIÓN. — J. B. Baró, E. Salvat y S. Sala.
68. FELIPE DERBLAY. — Georges Ohnet.
69. LOS MALOS PASTORES. — Felipe Cortiella.
70. HUYENDO DEL NIDO. — Carlos y Enrique Arroyo.
71. CLAUDIO FROLLO, O NUESTRA SEÑORA DE PARÍS. — Emilio Boix Serra.
72. PASIÓN FATAL, O ANA KARENINE. — José Zaldívar.
73. MARGARITA DE BORGOÑA. — Luis Suñer Casademunt.
74. EL HÉROE VENCIDO, O EL SOLDADO DE CHOCOLATE. — José Zaldívar.
75. LA MÁQUINA HUMANA. — José Fola Igúrbide.
76. EL LADRÓN. — Manuel Bueno y Ricardo J. Catarineu.
77. EL JUDÍO ERRANTE. — Alfredo Pallardó.
78. LA NAZARENA. — Ricaro Estrada y Estrada.
79. LAS MÁSCARAS. — A. P. Maristany y J. Fabré Oliver.
80. EL DIFUNTO TOUPINEL. — Julián Romea.
81. EL HIJO DEL MILAGRO. — Ricardo Estrada y Estrada.
82. ENTRE BOBOS ANDA EL JUEGO. — Luis Suñer Casademunt.

83 ¡EL! — José López y Gilve y Fabio Pellicer.
EN FLAGRANTE DELITO. — Luis Millá.
84. FUALDÉS. — Luis Suñer Casademunt.
85 EL ADVERSARIO. — Alfonso Danvila.
86. LA PORTERA DE LA FÁBRICA. — Alfredo Moreno Gil.
87 BERNARDO DEL CARPIO. — Ambrosio Carrión.
88. LA VERDAD SOSPECHOSA. — Luis Suñer Casademunt.
89. EL ALCÁZAR DE LAS PERLAS. — Francisco Villaespesa.
90. EL LOBO. — Joaquín Dicenta.
91. CARCELERAS y REJAS Y VOTOS. — Ricardo R. Flores.
92. AMOR DE MADRE. Ventura de la Vega.
GUERRA A LA GUERRA. —Ramón de Campoamor.
93. LA NEÑA. — Federico Oliver.
94. DOÑA MARÍA DE PADILLA. — Francisco Villaespesa.
95. LA DONCELLA DE MI MUJER. — T. Luceño y F. Reparaz.
96. SOBREVIVIRSE. — Joaquín Dicenta.
97. BRUNO EL TEJEDOR. — Ventura de la Vega.
SINIBALDO CAMPÁNULA. — Felipe Pérez Capo.
98. EL ASISTENTE DEL CORONEL. — Gonzalo Cantó.
LA HUELGA DE LOS HERREROS. — Ricardo J. Catarineu.
99. DÍA DE REYES. — Manuel Moncayo.
NOCHE DE REYES. — Carlos Arniches.
100. EL ZAPATERO Y EL REY. (Primera parte). — José Zorrilla.
101. GENTE DE FÁBRICA. — Jaime Firmat Noguera.
102. EL ZAPATERO Y EL REY. (Segunda parte). — José Zorrilla.
103. LA MOZA DE CÁNTARO. — Lope de Vega.
104. ABEN-HUMEYA. — Francisco Villaespesa.
105. COMEDIAS CORTAS. —Luis Esteso
106. AMOR DE ARTISTAS. — Joaquín Dicenta.
107. BODAS DE PLATA. — Manuel Linares Rivas.
108. LA MUERTE DEL TORERO. — Felipe Pérez Capo.
EL REDENTOR DEL PUEBLO. — Adolfo Marsillach.
109. NAPOLEÓN. — José Pablo Rivas.
110. EL NUDO GORDIANO. — Eugenio Sellés.
111. LA VERBENA DE LA PALOMA. — Ricardo de la Vega.
LOS TRAPEROS. — Isidro Soler.
112. LA VIRGEN LOCA. — J. López Barbadillo y Enrique Tusquets.
113. A SECRETO AGRAVIO SECRETA VENGANZA. — Pedro Calderón de la Barca. Refundición de Tomás Luceño.
114. EL CAPITÁN TORMENTA O LA TOMA DE LA BASTILLA. — Pompeyo Gener.
115. LA CARA DE DIOS. — Carlos Arniches.
116. SANTA INQUISICIÓN. — J. Ribera y Rovira.
117. LAS PECADORAS. — A. Torres del Alamo y Antonio Asenjo.
118. LA GIOCONDA. — Francisco Villaespesa.
119. LA CENA DE LAS BURLAS. — Ricardo J. Catarineu.
120. QUISQUILLAS. — F. Flores García y J. Romea.
EL CONTRABANDO. — S. Alonso Gómez y P. Muñoz Seca.
121. LANUZA. — Luis Mariano de Larra.

Precio: DOS ptas.